

Dedicatoria

A mi padre, Luis Eduardo Vanegas Campo, quien negociaría con Dios cualquier cosa con tal de acompañarme a mi grado.

**CENIZAS ESPARCIDAS: LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA
AFRICANA EN LA ESCRITURA CREATIVA DE CUENTOS**

DAYANA VANEGAS OSORIO

Cód. 1329023

UNIVERSIDAD DEL VALLE

FACULTAD DE HUMANIDADES

ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Santiago de Cali, 16 de Agosto de 2018

**CENIZAS ESPARCIDAS: LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA
AFRICANA EN LA ESCRITURA CREATIVA DE CUENTOS**

DAYANA VANEGAS OSORIO

Requisito parcial para optar por el título de Licenciado en Literatura

Asesora

ÁNGELA ADRIANA RENGIFO CORREA

DOCTORA EN EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD DEL VALLE

FACULTAD DE HUMANIDADES

ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Santiago de Cali, 16 de Agosto de 2018

CONTENIDO

1. CENIZAS ESPARCIDAS: LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA AFRICANA EN LA ESCRITURA CREATIVA DE CUENTOS.....	6
2. MARCO TEÓRICO.....	10
2.1 LA MEMORIA COMO INSTRUMENTO DE REESCRITURA DEL YO.....	10
2.2 EL ESCRITOR Y SU PLUMA: LA ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA COMO UN MÉTODO DE LIBERACIÓN.....	15
2.3 LA HUELLA AFRICANA COMO LEGADO ANCESTRAL EN UN ESPACIO AFROAMERINDIO.....	23
3. SELECCIÓN DE CUENTOS.....	32
3.1 ADIÓS ANDRÉ.....	32
3.2 PARA PODER SEGUIR SOÑANDO.....	34
3.3 UN CORAZÓN SE EXPANDE EN NUEVE MESES.....	41
3.4 CENIZAS ESPARCIDAS.....	43
3.5 UNA SOLA CARNE.....	48
3.6 NO HAY MAL QUE DURE CIENTOS AÑOS, NI MUERTO QUE LO RESISTA.....	68

4. ANÁLISIS.....	75
4.1 DEFINIENDO LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA AFRICANA PRESENTES EN MI LITERATURA.....	75
5. CONCLUSIONES.....	91
6. BIBLIOGRAFÍA.....	96
CENIZAS ESPARCIDAS: LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA AFRICANA EN LA ESCRITURA CREATIVA DE CUENTOS	

INTRODUCCIÓN

Escogí escribir una monografía creativa pues creo que poder narrarse funciona como una catarsis en nuestra vida. Relatarme a título personal me ha ayudado a entender situaciones que viví y que me generaban una sensación no muy agradable al recordarlas. Esas situaciones que me causaban pena, dolor, angustia o enojo, pienso que deben ser narradas. La memoria en este proceso cumple un papel importante, pues el acto de escritura nos lleva a encarar el pasado para ubicar a manera de rompecabezas todas las piezas que de nuestra historia empiezan a hacernos falta para completarnos como un ser que ha surgido pese a lo malo del camino y que ha sabido utilizar lo bueno para continuar creciendo.

Es un alivio saber que cuento con esta herramienta que saca de mí lo que de alguna manera me perturba. El proceso empieza cuando tengo un recuerdo persistente, siento que toca muchas veces a mi puerta y que no se va hasta que no lo atrapo en el papel. A veces lo hago por el mero placer de darle un final distinto a aquello que viví y que me gustaría hubiese resultado de otro modo. Quiero contarlo y que si alguien me lee pueda compartir conmigo ese momento así ya no me atormentará más pues al pasarlo a otra manera ha logrado viajar, es libre, y yo consigo serlo también de algún modo, y en esa otredad identificarme con alguien que se siente cercano a lo que lee. Esa es la razón más fuerte de mi amor por la literatura: ella

hace lo que quiere, como quiere, cuando quiere. La literatura es libre y al usarla me permite serlo también.

El objetivo general del trabajo es mostrar referentes teóricos que me ayudaran a entender mis cuentos a partir de una lectura crítica, con los cuales pudiera tejer un hilo que atravesara mi selección de cuentos, compuesta por seis relatos y así encaminarme hacia un análisis de mis textos frente a la teoría hallada. Para ello me propuse las siguientes preguntas: ¿Podría ser la autoficción apoyada en la memoria un elemento que nos permite reconstruirnos a través de la literatura develando nuestras raíces sin evidenciar quienes somos abrigados en el pacto ambiguo? ¿Puede un escritor de cuentos experimentar la catarsis que brinda la autoficción, aunque personaje y autor no lleven el mismo nombre? ¿Cómo rastrear el autor en su obra cuando ha asumido el pacto ambiguo?

Escribí estos cuentos en diferentes momentos de mi vida. Los conceptos que los atraviesan y en la cual se basa mi reflexión son la memoria, la autoficción y la huella africana. La memoria hace presencia pues narro en ellos situaciones reales que viví, es así como la memoria activa la autobiografía. La autoficción hace presencia pues mezclo vivencias con ficción. En ellos doy un desenlace distinto a lo que en realidad me sucedió. La huella africana está presente en mis cuentos pues establezco una relación tangible entre vivos y muertos y ubico claramente mis

raíces, definiendo de donde viene aquella pluralidad étnica pues mi abuela paterna es indígena y mi abuelo negro.

En estos seis cuentos hay un registro de mi vida, gustos, relaciones personales, situaciones familiares a las que en algún momento les doy el giro que yo quiero haciendo uso de la autoficción que me ha ayudado a narrarme, a construirme sin exponerme. La parte africana muestra mis raíces, mi esencia. Cuando escribí los relatos que evidencian esta marca en mí, ni siquiera sabía que había presencia africana en ellos, así que ha sido un descubrimiento que me ha ayudado a develar ese registro ineludible que llevo en mi sangre gracias a mi legado ancestral. A través del marco teórico expondré las razones por las cuales escogí estos tres referentes teóricos para desarrollar mi análisis. En dicho análisis intento ubicar la presencia de la memoria, la autoficción y la huella africana con citas escogidas de mis cuentos, develando un poco qué hace parte de la realidad y qué de la ficción.

Mi marco teórico se compone de tres partes. La primera de ellas se titula LA MEMORIA COMO INSTRUMENTO DE REESCRITURA DEL YO trata de como la memoria acude a nosotros con retazos de nuestro pasado, es testigo de situaciones que nos han marcado sea positiva o negativamente y así nos ayuda a reconstruirnos.

La segunda parte se titula EL ESCRITOR Y SU PLUMA: LA ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA COMO UN MÉTODO DE LIBERACIÓN aborda la presencia

innegable de la autoficción como un escudo tras del cual me resguardo para poder narrar momentos de mi vida, sin que el lector pueda tener la certeza de qué sensaciones son propias o noveladas.

La tercera parte se titula LA HUELLA AFRICANA COMO LEGADO ANCESTRAL EN UN ESPACIO AFROAMERINDIO en esta intento identificar las raíces africanas inmersas en mis cuentos. Descubro los rastros que la colonización dejó en mí e identifico claramente cuál es mi legado ancestral.

La última parte, que aparece luego del corpus creativo, es la reflexión sobre mis cuentos versus la teoría trabajada se titula DEFINIENDO LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA AFRICANA PRESENTES EN MI LITERATURA en este análisis ubico las partes de mi cuento que evidencia la presencia de cada una de las partes del marco teórico a través de citas. Además, intento develar un poco qué hace parte de lo vivido y qué hace parte de lo fabulado.

LA MEMORIA COMO INSTRUMENTO DE REESCRITURA DEL YO

A lo largo de nuestra vida la memoria juega un papel importante, nos regala viajes en el tiempo, siempre hacia el pasado. Esas remembranzas ocasionan en nosotros emociones dulces o amargas, nos permiten sonreír o de pronto escapa una lágrima. Hay momentos donde nos forzamos a rememorar, tal vez porque un ser querido se fue y la única manera de sentirlo cerca es recordando esos momentos que compartimos con él, preferiblemente los recuerdos buenos. En ocasiones no es premeditado, sólo vamos por la calle y un lugar específico o un aroma hace que nuestra memoria se active y nos trae algún recuerdo.

La memoria nos permite construirnos en un momento que fue, que ya no logramos ser, pero en el que sin duda existimos y hace parte de quienes somos ahora. Continuamente recurrimos a ella buscando una explicación para el resultado de lo que somos hoy o como un refugio pues en ese tiempo nos parece todo fue mejor. Pero existe la posibilidad de que todo haya sucedido tal cual lo recordamos, pues nuestras necesidades emocionales y el paso del tiempo indudablemente modifican nuestros recuerdos y surgen de nosotros de acuerdo como los elaboramos, pero no responden a un suceso exacto.

Chartier (2007) en su texto *El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia* afirma lo siguiente:

En efecto, es en el testimonio de la memoria, en el recuerdo del testigo que la historia encuentra la certidumbre en la existencia de un pasado que fue, que ya no es y que la operación historiográfica pretende representar adecuadamente en el presente (p.16)

La memoria es como un testigo de aquello que sucedió y sin lo cual el presente no podría existir, de este testigo se sirve el historiador pues a partir de este testimonio: persigue los rastros dejados para reconstruir lo que pudo pasar. La memoria es la

representación de que hubo un pasado que a veces hacemos emerger para dar fe de algo que fue, pese a que ya no sea más pues hace parte del pasado. No podemos desligar completamente al presente de lo que haya sucedido con anterioridad pues en esos sucesos pasados basa su existencia actual. Y es ahí en ese rastro que ha dejado el pasado donde la operación historiográfica encuentra las huellas para reconstruir aquello que ya no existe.

El tiempo determinado en términos de presente y pasado nos plantea una conexión entre la historia y la memoria de lo cual se compone. Sin embargo, según lo afirma Nora Pierre en su texto *Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares*, debemos establecer una diferencia entre historia y memoria; la primera para ser considerada como tal necesita ser probada a través de ciertos documentos, registros, fotos de lo que se dice aconteció. La memoria, sin embargo, es más susceptible a sensaciones y al contarla el lector debe escoger que cree y que no, pues más allá de las emociones que provoca en quien narra y en quien lee, esta no presenta pruebas de haber sido en realidad más allá del testimonio.

Para construir un relato de nosotros mismos debemos ligar nuestra historia con la memoria y tener claro que ambas, aunque cercanas, no equivalen a lo mismo pues sus representaciones en nuestro ser implican cosas diferentes. Es decir, la historia obedece a fechas que podemos ligar con algún suceso real como la muerte de un ser querido. La memoria en cambio retorna sin ubicarse en el calendario de manera precisa, solo viene a nosotros respondiendo más a una necesidad anímica o a través de algún lugar o sensación que hace las veces de canal por el cual se transporta hacia nosotros.

Lucas Daniel Cosci (2011) en su texto *Caminos de rememoración. La memoria y la construcción del conocimiento histórico en la hermenéutica de Paul Ricoeur* afirma lo siguiente:

Podríamos apelar a un lugar común y parafrasear a Kant: la historia sin memoria es vacía, la memoria sin historia, ciega. La memoria es guardiana

del pasado y por lo tanto matriz generadora de la historia. Pero la historia resultará ser el horizonte crítico y responsable para la memoria (p.9)

La memoria cumple la labor de construirnos y la narración constituye un puente del que se vale la memoria para lograr tal obra. La memoria viene hacer una representación para construir la historia. La gran diferencia entre memoria e historia es la rotura que sufre la memoria pues al recordar vienen también las sensaciones que experimentamos en otro momento de nuestras vidas, como el dolor o la alegría. La historia, sin embargo, se caracteriza por tener una mirada crítica frente a lo que está contando.

La memoria nos permite establecer un vínculo con nuestro pasado. Son los tiempos verbales quienes nos ayudan a ubicar la memoria dentro de nuestro relato que sucede en el presente, pero que necesitaba voltear la mirada hacia un pasado sin el cual no podría ser. Esa mirada se nombra como reconocimiento de aquello sin lo cual no podría narrarse pues sin ese ayer ese presente no existiría.

La memoria colectiva, mencionada por Maurice Halbwachs, nos permite construirnos a través de los relatos de los otros y no solo del nuestro. Este tipo de memoria surge porque algunas situaciones son recordadas por varias personas que las vivieron pues estuvieron ahí y las cuentan como nosotros lo hacemos, seguramente con detalles de más o de menos, pero refiriéndose al mismo suceso. Lucas Daniel Cosci (2011) afirma en su texto lo siguiente:

La propuesta de Ricoeur apunta a que la historia desarrolle una labor crítica de modo tal de poder ejercer sobre la memoria una instrucción terapéutica que la ayude a mantener su distancia respecto de los usos y abusos. La memoria conlleva heridas y desgarros, tiende sus trampas “corriéndose el riesgo de cerrar una memoria dada de una comunidad histórica dada sobre su desgracia singular” (p.10)

El historiador solo lleva un registro de lo sucedido y no toma parte en lo que narra pues no asume posturas ni emite juicios. La memoria sufre un cambio al construir la historia pues ésta con su parte crítica lleva a la memoria en un ejercicio terapéutico en el cual la memoria atraviesa un reencuentro que le permite mirarse a sí misma y sanar de algún modo. Quien narra algunos aspectos de su pasado está lleno de emociones y esto le impide tomar una posición crítica frente a lo que cuenta, lo contrario del historiador. A veces ambos relatos se encuentran y se dan los llamados cortocircuitos, nombrados de esta forma pues se dan ciertas reacciones cuando ambas partes se confrontan la una a la otra considerando que ambas necesitan de la otra para subsistir.

Es la memoria la que parece traer el lápiz entre los dedos y permitirnos escribir lo que ella nos cuenta poco a poco, pues así viene a nosotros, a través de retazos, de pequeños momentos. El ejercicio de contar lo que recordamos o de escribirlo nos exige darle un orden. Es ahí cuando entra en escena la historia que viene con sus fechas, edades y etapas precisas. Este ubicarnos en periodos precisos nos permite comprender por qué actuamos de tal o cual manera pues lógicamente nuestra edad responde a ciertas reacciones, seguramente hoy habríamos escogido mejor, pero la narrativa nos habla de una elección acorde con una edad en la que éramos más inmaduros o menos conscientes de las consecuencias y por ello nos permite justificarnos y calificar con menos dureza aquellas malas decisiones.

Laura Scarano (1997) afirma en su obra lo siguiente:

La memoria puede ser entendida como función discursiva, ya que activa la maquinaria autobiográfica, se erige en motor de su desarrollo, y dispositivo selector de sus contenidos enunciados. Aparece en su funcionamiento como un juego dialéctico entre olvido, ocultamiento y develación de un hipotexto: el de la vida que se vuelve susceptible de narratividad (p.7)

La memoria activa el dispositivo autobiográfico, pues es ahí donde se encuentra el material de escritura, es ella quien hace el trabajo de seleccionar qué cuenta y qué

no, pues sólo narramos lo que podemos recordar. A través de la memoria nuestra vida se convierte en un hipotexto virtual, pues ese es el punto de partida para nuestra escritura, dando origen así a la autobiografía.

Narrar las evocaciones de la memoria nos exige de alguna manera explicar el porqué de nuestras acciones en esos momentos. A manera de protección nuestro cerebro escoge no recordar todo, pues la idea es poder entender, perdonarnos si es preciso, armar un rompecabezas de lo que somos y encontrar explicación a las direcciones que hemos elegido tomar en nuestras vidas. Así que el ejercicio de relatar lo recordado nos lleva a una creación lo más sana y completa para nosotros de un pasado y a entender que tuvo que ser así, aunque haya estado lleno de errores. Pero definitivamente nos ha convertido en quienes llegamos a ser.

Elaborar lápiz en mano un relato de lo que ha sido nuestra vida nos permite varias cosas, entre ellas: ver el panorama completo. Leer esas líneas escritas con toda la veracidad que la memoria nos ha permitido nos permite poner en perspectiva nuestros actos y a lo que nos ha llevado cada uno de ellos y decidir de ahora en más si estamos contentos con el ser en el que nos hemos convertido o si de haber tomado una dirección distinta seríamos alguien mejor o peor. Este empalme frase a frase puede llevarnos a un alto, leernos después de habernos narrado nos brinda otra oportunidad, pues nos permite desligarnos un poco de nosotros, pues lo que hemos sacado esta ahora sobre el papel y desde esta distancia podemos asumir posturas diferentes frente a nuestros propios actos y darles un rumbo diferente a nuestras vidas.

EL ESCRITOR Y SU PLUMA: LA ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA COMO UN MÉTODO DE LIBERACIÓN

Los escritores utilizan su herramienta, el lápiz, para liberarse de las aflicciones personales, de las vergüenzas, de las dolencias tanto físicas como espirituales que estas cargas les producen. Construyen con la ayuda de su literatura un personaje que, aunque es parte de ellos no siempre lleva su nombre. Lo utilizan para descargarse, para que él diga todo lo ellos quisieran o para decirlo a través de él. Para que él exponga las más íntimas frustraciones que los agobian. De esta manera consiguen la catarsis que buscan.

Serge Doubrovsky, novelista francés, acuña el término “autoficción” como respuesta a una problemática identificada por el teórico francés Philippe Lejeune al encontrar hechos ficcionales dentro de lo que se suponía era una autobiografía en la cual existe el pacto autobiográfico donde el autor se compromete con el lector a narrar la verdad de lo que le ha vivido. Serge Doubrovsky llama a esta característica en especial autoficción donde dentro de una narración podemos identificar tanto hechos reales como ficcionales, perdiéndose así el pacto autobiográfico pues no se puede dar fe de que todo lo narrado pueda ser real.

Cuando un autor decide narrar momentos de su vida, es imposible hacerlo tal cual sucedieron en realidad sólo narra lo que recuerda como lo recuerda. He ahí el surgimiento de la autoficción, donde se parte de fragmentos reales de nuestra

existencia, pero permeados por la memoria quien define qué rememora y qué no. Muchas veces nuestro cerebro a modo de protección olvida las cosas que nos han causado mucho dolor o vergüenza y es esta la razón por la cual la autobiografía no cuenta completamente lo que sucedió. Sin embargo, existe otra razón para el surgimiento de la autoficción y es que en ocasiones el escritor elige libremente mezclar ficción con hechos reales de su vida.

Este término identificado por Serge Doubrovsky ha causado revuelo en la literatura, por esta razón muchos autores se han sumergido en su investigación intentando develar de qué se trata, entre ellos está Vincent Colonna quien afirma que en una autoficción lo que el escritor hace es inventarse un modo de ser; una identidad distinta a la propia, unas vivencias personales sin modificar su nombre. En la autoficción lo que el escritor hace es cambiar su existencia real por sucesos irreales lográndolo a través de sus letras.

Los escritores utilizan su lápiz como un medio para expresar sus más grandes temores y dolencias personales. Mezclando realidad y ficción a modo de escudo; salvaguardándose tras de él para decir todo lo que piensan y sienten, sirviéndose de este elemento para liberarse de aquellas cargas que los acongojan. Aprovechándose de este escudo para narrarse con un nombre distinto, pero sintiendo la liberación que dicho escudo les otorga. Para decirlo de otro modo, en palabras de Anna Agustí Farré se novela la vida, aportando rasgos ficticios a

experiencias vividas por el escritor, dotando de detalles fabulosos su propia realidad a la hora de trasvasarla al papel. Mezclando así la autobiografía con narraciones ficticias.

El carácter autoficcional que contienen algunas obras funciona como un acto liberador que lleva a estos autores a unificarse y liberar sus emociones. De acuerdo al uso que le da cada uno a este medio, con algunas diferencias y algunos puntos de encuentro empuñan este recurso donde se pierde un poco la identidad pues el nombre propio varía y a pesar de ser catalogados como autobiografía, algunos de estos textos tienen una marcada hibridación genérica donde se hace presente esa autoficción liberadora pues, aunque se cuenta algo propio, no se asume como tal.

Con respecto a la ya mencionada hibridación genérica, Dóra Faix en su texto “La autoficción como teoría y su uso práctico en la enseñanza universitaria de la literatura”, habla acerca de cómo la autoficción tiene una marcada hibridación genérica ya que es la mezcla de al menos dos géneros diferentes pues en ella encontramos características de lo autobiográfico y lo novelesco. La autoficción es un relato que se presenta como ficción. Sin embargo, tiene una apariencia autobiográfica pues contiene una identidad nominal donde el autor, narrador y el personaje pueden ser el mismo. Algunos textos evidencian una hibridez genérica pues son autobiografías donde se narra la vida de un sujeto, pero el yo que construyen al parecer es el de alguien más pues en el momento de verificar fechas

y partes históricos con la biografía del autor no hay coincidencias, esto les da carácter autoficcional.

A los autores que han elegido la autoficción, su literatura los libera pues cuentan desde otro yo lo que sienten y piensan. A veces se reconocen en sus personajes, fuertemente ahí, cuando reconocen sus fallas y luego se esfuman, pues por instantes también sienten culpa y vergüenza. A veces sienten estar armando un rompecabezas al hurgar en su memoria individual y colectiva. A veces parece un laberinto donde hay que evocar, estructurar, entender, analizar e interpretar todo lo que su recuerdo convoca, y su escribirse a diario hace parte de ese recorrido por el enigma que su laberinto le propone.

Estamos en un laberinto donde debemos simular que el personaje de la historia es o no es el autor, este juego de simulación hace parte de la ambigüedad que propone la autoficción. El autor de autoficciones cuenta lo que ha vivido, pero se permite permear la historia con desenlaces que le hubiera gustado tomasen sus vivencias y así va saltando las barreras entre lo que ha vivido y lo que ha imaginado o como a anhelado que terminasen sus historias en la vida real ya que la autoficción mezcla las barreras entre lo real y lo inventado. El lector, conociendo la biografía del autor, muchas veces se siente incitado a cotejar dicho documento con lo narrado y en múltiples ocasiones se encuentra confundido al intentar seguir las pistas dentro de la historia que lee.

Al hablar de autoficción es necesario hablar de pacto ambiguo según Andrés Martínez Oria, pues en ese tipo de pacto se da la referencia a hechos relacionados tanto directa como indirectamente con la biografía del autor, dejando que el lector utilice su imaginación como sucede en el pacto novelesco. Este pacto se da porque la autoficción mantiene estatutos de la autobiografía contando hechos de la vida real que le han acontecido al autor y al mismo tiempo ficcionaliza su narración, inventándose finales distintos a lo que en realidad pudo haberle sucedido. Dicho patinar entre uno y otro campo, entre la realidad y la ficción es lo que le otorga cierto carácter confuso.

Ligado estrechamente al término autoficción encontramos la especularidad de la escritura pues cuando el autor busca explicar su relato utilizando momentos de su vida como referente para el acto de escritura, se da una interiorización por parte del autor explicándose a sí mismo, aclarando de dónde ha venido lo que ha narrado. El yo narrador, inmerso en la construcción de algo que ha vivido llega a analizar cada suceso que le ha acontecido para poder escribirlo. Este ejercicio de escritura lo lleva a buscar las razones por las cuales actuó de tal o cual manera y va de la mano con una mirada hacia la memoria. Pues lo que escribe son parcelas de su existencia, esta narración lo lleva a conocerse, interpretando lo que ha vivido, lo que recuerda para poder narrarlo de forma escrita. Involucrando así la autobiografía que tiene

como característica principal este acto de autoanálisis para la posterior escritura de este.

La autoficción nos ha otorgado la licencia de narrarnos sin afrontar del todo nuestra participación pues le hemos permitido al lápiz contar lo secreto, lo íntimo que de otra forma mantendríamos oculto. Laura Scarano (1997) afirma en su obra lo siguiente:

El topos de lo privado es otra forma de anclaje del yo en la historia, a través de la narración de lo secreto e íntimo. La textualidad de lo privado (amores, odios, ilusiones) se imbrica con la pulsión de confesión del discurso autobiográfico (p. 8)

El topos de lo privado es otra manera en la cual el yo se logra sujetar a la historia que se está escribiendo, lo logra narrando sucesos de carácter íntimo que experimentó a lo largo de su vida como los sentimientos de odio u amor, etiquetando así ámbitos como el religioso, erótico, etc. Por ejemplo, al narrar algo vivido de carácter íntimo con alguien amado entraremos en un marco erótico, poniendo en escena eso que debería permanecer oculto, este topos toca aquello que tal vez guardamos solo para nosotros pero que la escritura hace salir a flote.

Otro término cercano a la autoficción y que considero no debo desligar para la construcción completa de este concepto, es la “fabulación del yo” planteada por

José Amícola quien afirma que a través de la misma, se construye una representación fantástica de sí mismo, esto ocurre en la autoficción. En la fabulación el autor tiene la posibilidad de evadir lo que ha sido en su vida, pues la literatura le otorga ese escape y puede narrar su historia pero modificando el papel desempeñado, en el caso en que este le resulte denigrante como ser humano. Solo quien conociera la vida del yo narrador podría identificar la libertad de cambiar la historia que la fabulación se ha tomado. La fabulación nos permite hacer suposiciones, trastocando el rol que cumplió en su vida versus lo que se ha representado en el papel. Pues, aunque narrara un amor platónico, podría a través de sus letras escribir que este ser que en vida no le correspondió, en el papel lo amó, fabulando así su yo como un ser amado cuando en su vida no lo fue. La fabulación nos permite crear en la obra un reflejo del yo autor, donde, aunque nos parezca que es él en realidad puede inventarse otros modos de ser y actuar, logrando así evadirse que es uno de los mayores propósitos del autor de autoficción.

Los escritores que han decidido utilizar esta herramienta estaban intentando encontrar una liberación, entender lo que sucedía, descifrar las sensaciones que los agobiaban, en este proceso descubrieron que existe una conexión entre sus dedos y su utensilio, sea lápiz o computador, al tocarlos, a través de ellos sale todo: lo que los embarga, lo que los agobia, lo que podría avergonzarlos. De eso se trata esta mezcla de géneros que difumina los actos con los cuales podríamos ser señalados y nos permite acompañados por la transcripción, analizar e interpretar nuestras emociones para a través de esta hibridación otorgarnos la libertad de mezclar

realidad y ficción.

LA HUELLA AFRICANA COMO LEGADO ANCESTRAL EN UN ESPACIO AFROAMERINDIO

En ese barco que los arrancó de su tierra viajó con ellos una historia que habían escuchado siendo niños y habían atesorado por siempre en su alma. Debían mantenerla oculta hasta que pudieran encontrar el espacio y el momento preciso para contarla a sus hijos y así entregar su legado ancestral. El nuevo lugar donde debieron surgir como cultura trajo modificaciones a lo visto y creído hasta el momento. Sin embargo, su piel negra contaba con la fuerza suficiente para no dejar apagar la llama que miles de ancestros antes de morir a través de la oralidad había encendido en ellos; todos esos relatos, ritos, prácticas mágicas, que harían que su cultura fuera perpetuada aún más allá de la barbaridad de la esclavitud. El hombre africano llegó a un nuevo mundo en el cual surgieron distintos sistemas de pensamiento. Martínez (1988) en su obra *El Exilio de los dioses* afirma lo siguiente: Decimos tres sistemas de pensamiento porque fueron tres los grandes troncos de la cultura colonial americana: el europeo que dominó, el indio vencido que resistió a la deculturación y el africano que se asimiló, dejando, no obstante, su huella en la sociedad, contribuyendo en todos los niveles a la construcción de América (p.39)

Corre por nuestra sangre un indicio de otra cultura, una más fuerte. Esa raíz nos llama, nos evoca, nos convoca, sentimos que debemos acudir a ella sin eludirnos pues emerge de nosotros. Esa raíz es la huella de africanía, esta marca es parte de la cultura afrodescendiente que atravesó el océano con los esclavos y continúa hasta hoy permeando nuestra cultura y vida social. Se vale también para resistir de crear alianzas que le permiten sobrevivir y resguardar su rastro africano. Estos hombres se resistieron a ese nuevo estado de sometimiento y humillación, razón por la cual nunca desistieron de buscar rutas de escape hacia su libertad, pese a

las consecuencias que estos planes les traían al ser capturados. Martínez (1988) en su obra *El Exilio de los dioses* afirma lo siguiente:

Los negros sufren un intenso proceso de asimilación forzada, el contacto y el mestizaje con la población indígena tuvo como resultado consecuente un proceso de aculturación de los dos grupos. Posteriormente se puede pensar que, en el caso de las colonias que conservaron su población india mayoritaria, pudo darse una síntesis que abarcó los dos universos; el indígena y el negro, para lo cual fue necesario en sus relaciones el surgimiento de mecanismos de identificación que, evidentemente, contenían valores contrastantes y hasta opuestos, en general, con los de los españoles. De estas relaciones interétnicas se nutre parte de la cultura mexicana, de raíces entrelazadas y rasgos muchas veces indefinibles (p. 41)

El hombre africano y el indígena entremezclaron sus cuerpos, su cultura para subsistir en un mundo que les resultaba hostil. Sus condiciones eran similares, entonces aunaron fuerzas, es de ahí de esta pluralidad étnica y cultural de donde parte la forma de ver el mundo que habitamos. La mezcla surgió de manera forzada pues fueron sacados de su lugar de origen y llevados a un lugar que desconocían, donde fueron convertidos en seres sin derechos, sin voz: en esclavos. De ahí nacen los nexos interétnicos y la variedad en nuestros orígenes y raíces. Arocha (1999) en su tesis afirma lo siguiente:

Los africanos pusieron a salvo las estatuas de sus ancestros e igualmente su sistema religioso entregándoselos a los indígenas, que ya en ese entonces no eran perseguidos, toma relevancia. Pues, tal como sucede en el África bantú, el remedio no yace en las estatuas sino en la reciprocidad que existe

entre el artefacto y el oficiante y su canto, sistema que perdura indemne entre los indígenas chocó.

Se da el nacimiento de nuevas culturas pues al mezclarse indios con negros, no solo se fundieron los colores en la piel de sus hijos, sino que las creencias, los ritos, las prácticas curativas, etc... buscaron la manera de reinventarse, se mezclaron también, de ellas surgió algo nuevo que tenía parte del legado africano y parte del legado amerindio. Fue la necesidad, la convivencia forzada la que los llevó a crear vínculos, a solidarizarse para sobrevivir. Esta diversidad que corre dentro de nosotros a veces hace presencia en nuestra literatura y esto es solo el resultado de esta relación interétnica presente.

Nuestra literatura abarca muchas formas de contar esta historia de difuminación en los colores de piel creando otros matices y aun otras culturas. Existen relatos que cuentan el momento en que los colonizadores decidieron esclavizar a la gente hallada en esta tierra, en este suelo americano, solo porque su color era distinto, su lengua no se oía igual y su cosmovisión los superaba. Letras que nos dicen cómo esclavos procedentes de diferentes zonas del país y arrastrados a la fuerza a compartir la desgracia del mundo nuevo, crearon alianzas y en el caso de los afrodescendientes se vieron obligados a entregar su cultura en otras manos, que pudieran guardarla mientras buscaban la manera de sobrevivir a “la nueva vida”. Una esclavitud forzada en la cual fueron violentados tanto física como psicológicamente, pues hasta sus creencias religiosas resultaron ofensivas para los hombres blancos.

“La importancia que la religión tiene hace de ésta una fuerza muy poderosa, ya que es a la vez memoria ancestral, cohesión social y, en última instancia, identidad moderna.” (Martínez 1988, p.48) El animismo es la forma de creencia religiosa para el hombre africano, en el cual el hombre se vincula a su pasado, a su mundo circundante y a su memoria ancestral de la cual no puede desligarse. A través del animismo se confiere un simbolismo especial a las esculturas que tallan en representación del familiar que fallece y que pasa a ser parte de esa riqueza

ancestral. En el sometimiento el hombre blanco creyó que les había arrancado sus dioses, sus ritos, pero el hombre africano cerró sus labios con fuerza resguardando en su oralidad lo que nadie podría arrancarles: su legado ancestral. Fue así como su cultura de una forma sabia y precisa pasó de generación en generación resguardada siempre en esa oralidad que no era esclava de nadie, que logró ser libre aún bajo la opresión y lo será siempre pues no existen cadenas que puedan detenerla.

Fue su convicción religiosa la que los consolidó como pueblo. En estos sistemas de creencias se tiene plena convicción en la reencarnación; la renovación de la vida da oportunidad de corregir los errores cometidos en el pasado. Durante las ceremonias se produce una catarsis o “limpieza espiritual”. Entre esas fuerzas que logran conectarlos con sus antepasados esta: Bantú que se considera es el alma humana fragmentada. Zapata (2010) en su obra *Changó, el gran putas* afirma lo siguiente: Bantú: Plural de muntu, hombre. El concepto implícito en esta palabra trasciende la connotación de hombre, ya que incluye a los vivos y *difuntos*, así como a los *animales*, *vegetales*, minerales y cosas que le sirven. Más que entes o personas, materiales o físicos, alude a la fuerza que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia inmersas en el universo presente, pasado y futuro.

El Muntu reside en un cuerpo visible. Sin embargo, lo que le otorga poder son las cualidades del ser que se pueden identificar en él. El Muntu es una fuerza poderosa que está por encima de las plantas, los animales y los minerales. Es El Muntu la fuerza que hace posible una existencia para los muertos en el mundo de los vivos. Los muertos pasan a un plano distinto, pero siguen “habitando” el mundo de los vivos, digo que lo habitan porque se les concede aun la posibilidad de soñar, de sentir, de tomar parte en decisiones como, por ejemplo, si uno de sus descendientes debe ser castigado. Se debe mantener un espacio propicio en el cual puedan confluir las deidades africanas junto con algunos ancestros, por esta razón

permanecen los rituales pues a través de ellos existe este espacio y se mantiene habitable por sus divinidades, seres supremos a los cuales rendir culto y pedir intervención si el caso lo amerita. “Los muertos solemos soñar también con imposibles.” (Zapata Olivella, 2010, p. 242).

El legado ancestral no solo viene inmerso en el color de piel, de donde emana su resistencia, sino en la oralidad que ha viajado. Encontramos en nuestra cotidianidad estos rasgos fuertemente marcados, cuando contamos un sueño que tuvimos con alguien que acaba de fallecer y nos preguntamos qué habrá querido decirnos, como si aún su opinión tuviese peso sobre nosotros o como si de una forma sobrenatural quisieran guiarnos desde el más allá. Es así como en ocasiones emergen de nosotros estas huellas de manera inconsciente, no podemos saber de dónde viene esa ocurrencia, nos resulta desligada y no sabemos que esa narración nos la dicta la sangre de nuestros ancestros que corre por nuestras venas, sangre africana, sangre india. No sabemos que estamos perpetuando un rito pues no conocemos nuestras raíces ni su riqueza cultural. Kalunga es una de estas divinidades con la cual puede conectar un ancestro a su descendencia. Machado (2007) en su obra *Un rastro del África Central en el Pacífico Colombiano* afirma lo siguiente: Nombre de la divinidad bantú asombroso observar el papel de Kalunga en la construcción de una senda que les permitió a distintos grupos

afrodescendientes crear un vínculo entre su pasado y su presente, entre los vivos y sus ancestros, con una dinámica tan avasalladora que no se quedó en África, sino que atravesó el océano con los esclavos, y su huella se ve hoy en muchas partes de América. (p.543)

Existe entre vivos y muertos una clara relación que parece no tener barreras o distinciones entre la vida y la muerte. Lo cierto es que aunque se tiene claridad sobre el estado en el que se encuentre la persona, este familiar fallecido sigue presente en su historia y puede tomar parte en las decisiones de los vivos. De hecho el estar

muerto le brinda a este familiar sea padre o abuelo un status diferente, un lugar de honor y de respetabilidad distinto pues es ahora más cercano a los dioses y por esto hace las veces de puente para comunicar los vivos con sus deidades africanas. En la siguiente cita encontramos un ejemplo de como la muerte es un tránsito hacia un status superior: “Después de muerto proseguí la guerra porque los caídos en combate somos elevados al rango de general en el Ejército de los Difuntos. Suministramos armas a Télémaque Conga.” (Zapata Olivella, 2010, p. 254).

El hombre africano tenía la creencia de que sus ancestros al morir no dejaban de participar en su existencia, sino que por el contrario continuaban aportando decidiendo en su diario vivir, obtenían un status de poder pues ahora estaban más cerca de los dioses. Les servían de intermediarios cuando el africano necesitaba comunicarse con sus deidades, pedir perdón o ser liberado de algún castigo. El ancestro muerto no era olvidado, era consultado y a través del trance se tenía una comunicación clara con él. También puede darse la comunicación por cualquier persona con sus antepasados por medio de los sueños. A través de los ancestros se cumple la voluntad de los dioses en el caso de que hayan predeterminado un fin para alguno de sus descendientes. Por esta razón, un hombre sin descendientes sabe que será olvidado al morir, que en el olvido no hay sitio de retorno al mundo de los vivos y que está condenado a no volver más.

En un terreno hostil sin muchas esperanzas los africanos usaron sus prácticas mágico - religiosas para sobrevivir, para aferrarse a la vida y a esa esperanza inexistente, lo hicieron con tal fuerza que aunque el hombre blanco lo minimizaba por estas prácticas también le tenía un respeto reverente pues dudaba si los efectos pudieran ser reales. Estas prácticas los llenaban de fuerza, los revitalizaban, les permitía continuar en pie y les protegía en cierto grado del hombre blanco pues este dudaba de la veracidad de su magia. El origen de la fuerza característica del hombre negro la podemos ubicar en su comunicación con seres invisibles, que él creía lo protegían y partía de ahí, de esa fuerza sobrenatural que sentía estaba

siempre custodiando sus planes e influenciándolo para que tomara las decisiones adecuadas, pues parte del trabajo de sus ancestros consistía en guiarlo en ámbitos morales. Por estas razones sus prácticas mágico religiosas los mantuvieron a salvo.

Martínez (1988) en su obra *El Exilio de los dioses* afirma lo siguiente:

La *espiritualidad* del negro africano constituye el *alma* misma de su religiosidad. Ésta reside, sobre todo, no solamente en la emoción *mística* (estática) que le procura su creencia, sino, más bien en la *actitud activada*, la *funcionalidad* y el *sentido* que otorga al diálogo entre el hombre y lo invisible (p.47)

En el animismo se cree que el hombre posee varias almas, una de ellas es la chispa divina, la que otorga Dios como ser supremo para dotar de vida al hombre después de formarlo, esta parte vuelve a el creador al morir la persona. Otra alma es aquella que continua en el cuerpo inerte, es esa parte que le otorga a esos huesos sin vida la fuerza vital que necesita para perpetuar su existencia, es esa parte que en vida lo dota de entendimiento, voluntad y habilidades permitiéndole desempeñarse bien en las labores que realiza y a través de las cuales obtiene su sustento diario. Es esta alma la que posee el poder que permite que en los cultos se establezca comunicación entre vivos y muertos. Esta fuerza vital reposa en las esculturas creadas como una presencia de ese ancestro que ya no pueden ver pero que permanece presente en su cotidianidad. Martínez (1988) en su obra *El Exilio de los dioses* afirma lo siguiente:

Masculinas o femeninas las esculturas son la representación de los ancestros o los espíritus. Son imágenes conmemorativas y pueden también representar a las deidades, están en los templos o en las casas. Merecedoras siempre de atenciones y de cuidados especiales estas esculturas viven con sus

custodios acompañando a sus adeptos, protegiéndolos y defendiéndolos del infortunio (p.14)

En algún momento en la evangelización también forzada, la magia y la religión ante los ojos del africano se funden sin lograr después desligarlas y definir las por separado, ambas confluyen en un mismo mundo, están fuertemente ligadas como producto de la colonización pues al ser forzados a tener una religión no se despojaron de su magia, que viene inmersa en sus raíces negras, sino que unieron ambas nociones creando diferentes códigos mágico-religiosos que influyen en su cotidianidad y que de manera simbólica los lleva a crear sus fetiches. Los escultores se crean una imagen del familiar que ha muerto y según su consideración tallan la escultura con dicha imagen que se encarga también de ocupar un espacio físico que representa el ancestro que ha partido al mundo de los muertos. Elementos que además pueden transmitir el pensamiento y las palabras de quien ha muerto y es representado a través de dicho instrumento. “El escultor no inventa, crea; el significado de los objetos rituales se encuentra en la vida misma del pueblo, es la obra del pueblo. Profundamente humano, el arte tribal es parte del patrimonio cultural colectivo.” (Martínez, 1982, p.43)

El ser negro, contrario a lo que el hombre blanco pudo creer encontró la manera de preservar sus orígenes, su rico legado ancestral en el que participan artefactos que construía un oficiante, quien se encarga de establecer la comunicación con deidades, descendientes vinculados al animismo y sacerdotes. Dichos artefactos no los dominaban ellos los creaban para dominarlos. El ser africano tenía la consciencia de que él lo había creado y el artefacto, solo cumplía la misión para la cual había sido elaborado y no se llegaba al punto de que el africano se dejara dominar por dicho elemento, creación de manos.

Aunque ni las condiciones ni el espacio son el mismo hay algo que nos une, el legado es la palabra que permite que sigamos pasando estos ritos de mano en mano

en nuestra línea generacional. Desconocemos porqué lo hacemos, solo lo hacemos porque la sangre nos llama, porque la oralidad conoce el camino y solo nos utiliza para continuar su viaje y su perpetuación en la historia. Nos sentamos a escuchar las historias del abuelo y de una manera inocente guardamos en nuestra memoria ese tesoro que es libre y que en algún momento contaremos a nuestros hijos. El abuelo sabe lo que hace debe cumplir con la comisión de trasvasar su oralidad cargada con la memoria ancestral y así cercano a la muerte convertirse en un intermediario. A nosotros en cambio, nos parece un juego divertido pues el abuelo es sabio y se encarga de que sus narraciones sean tan coloridas como para que nuestra memoria se aferre a ellas para siempre más aún cuando ellos ya no estén en el mundo de los vivos. Los viejos para el pueblo africano los ve con sumo respeto por su proximidad con la muerte ya que están cerca de convertirse en su ancestro muerto por esta razón cuando un anciano pasa los demás se inclinan ante él. Es el Bantú una de las fuerzas que permite que el hombre africano perpetué esta unión con los abuelos aún después de su muerte.

ADIÓS, ANDRÉ

Poseo un hábito que me hace una reparadora incansable. Luego de algún tiempo de haber escrito una novela, la releo. No debería hacerlo, lo sé, pero qué hago, no puedo evitarlo. Fue así como en el mes de enero del año en curso me senté a releer la mejor de mis novelas. En realidad no era la mejor, era sólo la que más me gustaba, anhelaba mucho reencontrarme con cierto personaje que creé a mi gusto. Ese personaje cumplía con los requisitos de mi tipo de hombre porque así a pedir de boca, de la mía en particular, lo construí.

Cuando empecé a releer la historia me di cuenta de que ya no estaba mi personaje central. De alguna forma él consiguió escapar. Saltándose los renglones huyó hacia su libertad. Hubo algo con lo cual no contó, al salirse de mi historia y obtener a la fuerza su libertad, cambió, ya no era el mismo. Fue por esto que al perseguir todas las pistas del camino, las huellas que por despistado dejó, logré hallarlo y cuando lo miré fijo en esos bellos ojos, sentí algo raro en él.

Pensé: “La libertad lo ha cambiado”, uno piensa que al ser libre siempre es mejor, pero no lo fue en este caso. Yo lo amaba porque lo creé con esmero, detalle a detalle, lo hice alto y hermoso, subí el tono de su piel hasta donde se me antojó, pulí cada detalle en él, como que se le dibujaran hoyuelos en las mejillas al sonreír. Por eso, cuando supe que huyó sólo lo busqué para saber cómo estaba, si era feliz... ese tipo de cosas.

Pero encontré un hombre distinto del personaje creado. Con todas las cualidades con que lo doté, era solo cuestión de tiempo para que quisiera buscar un camino propio, es decir, elegido por él. Lejos de la influencia de mi lápiz ya no era quien yo tanto quise. Aunque se veían iguales, ahora eran distintos.

Cuando lo vi quise botármele encima, pero él me miró con desprecio. Pude llevarlo conmigo, atrapándolo entre mis páginas para que no volviera a irse y recuperara aquella forma tan apreciada por mí, pero decidí otorgarle su libre albedrío. Mientras lo miraba, con la garganta apretada y el alma a punto de salirse, le dije: —Inclínate.

Me miró con rabia

—Qué te inclines para que pueda alcanzarte, atiné a responder.

Entonces lo besé.

Hace unas noches escuché ruidos en la casa, busqué de dónde venían, era de la biblioteca. Encontré el libro de donde él salió botado en el suelo.

Era él intentando volver y era lamentable, pues ya todo había cambiado. Fue inevitable que los demás personajes se acomodaran a su ausencia y reescribieran algo con lo que quedó después de él. No era ya el libro que más me gustaba, pero me resigné y respeté su decisión; la de continuar sin él (sin mi personaje central), sin ese personaje al que le dediqué muchas de mis noches.

—Dayana, me dijo titubeante, de inmediato cerré sus labios con mi mano. Lo abracé y él me besó y me abrazó muchas veces porque aunque no le dije, ya él lo sabía: no había lugar para volver. Él debió irse nuevamente. Yo abandoné la labor de la escritura porque me quedó tan averiada el alma que no podría soportarlo una vez más.

Ayer, tarde de abril, me lo crucé por la calle y le interrumpí el paso.

—Vas a dejar de dolerme y voy a aceptar que te fuiste de mí cuanto más lejos pudiste con el fin de que mi pluma ya no te alcance. Voy a aceptar la pérdida pues eso constituye tu partida para mí. Aceptaré tarde o temprano que yo también debo hacer de cuenta que no existes aunque estés ahí. Y para cuando me consideres una pérdida vas a tener que aceptarlo, y voy a dejar de dolerte.

PARA PODER SEGUIR SOÑANDO

Al principio te hizo muchas promesas y como era encantador, decidiste; valía la pena esperar. Fue así como comenzó todo esto. Los primeros meses te conformaste con sus mensajes, sus bellas palabras. Con esa excitante relación textual. Contabas en ese momento con la capacidad de esperar por algo que considerabas valía la pena. Empezaste con el paso de los días a imaginar cómo sería dicho encuentro. Lo imaginabas sonreír a tu lado, tranquilo, sin afanes, sin ganas de irse. Sin tener algo más importante para hacer que estar con vos ahí, en un andén, bajo la sombra de un árbol, no importaba el sitio, sólo tener ese momento.

A veces él venía con todas sus palabras dichas a la ligera, será el jueves o el viernes, te decía. Vos emocionada esperabas con euforia, el tiempo transcurría lento y despiadado. Entonces empezaste a experimentar la ansiedad y por alguna razón con una buena excusa siempre él postergaba ese instante. Te habituaste a tomar café para esperarlo, al principio solo una taza, luego la cafetera llena, y es que el café, ese olor, te lo traía a él, de una forma tan nítida que casi podías tocarle. Después dos o tres tazas más. Pasabas de la sala a la cocina a preparar una tandita de café más.

Poco a poco dejaste de apresurarte en realizar algunas actividades. Pasabas días sin bañarte, de modo que un mes pasó a constituir un día, comías poco lo que hacía que la comida durara más que antes. Cuando todo se acababa llamabas a encargar un poco más y sobre todo café, ese era imperdonable en tu alacena. Como olvidaste

hace ya algún tiempo abrir las cortinas, no adviertes el paso ni del día, ni de la noche. Qué lento ha pasado este día, te dices en algunas ocasiones. En realidad es en tiempo, un poco más que eso que tú crees.

Al principio olvidabas a propósito el baño y las cortinas para hacer de cuenta que él no se había demorado tanto, que realmente era poco el lapso que llevabas esperando. Después por alguna demente razón pasó de ser adrede para pasar inadvertido por tu consciente. Han pasado algunos años, antes tu paso era presuroso hacia la cocina, ahora vas encorvada y lentamente. El otro día sin advertirlo tomaste el recogedor como bastón y te sentiste más segura al dar el siguiente paso. Hace un par de días para ti, meses en tiempo real, experimentaste un fuerte dolor de espalda. Es este viejo sillón, dijiste en voz audible. El sillón era el mismo, era tu cuerpo que por haberse encorvado se lastimaba al estar tanto rato sentada.

Como la luz se fue haciendo poca, mucho más cada vez, te aprendiste los caminos de memoria; sabes que a la derecha está la cómoda, y debes pasar un poco más hacia la izquierda cuando te diriges hacia el baño. Una mañana al intentar leer unas viejas cartas la letra se hizo casi nula, por eso subiste hasta el segundo piso de la casa, y te fuiste hasta tu cuarto a buscar en el viejo baúl unas gafas que recuerdas hay ahí que pueden ayudarte.

Capturándote, deteniéndote dentro de la casa. Esta vejez prematura, te dijiste, cuando olvidaste dónde habías dejado el vaso que acababas de traer de la cocina y luego de buscarlo un buen rato te enteraste de que lo tenías agarrado por la oreja

desde siempre. Eso te causó mucha gracia, te reíste duro, con ganas, alardosamente, y te sorprendiste pues casi ya ni reconocías esa estruendosa risa tuya. El tele dejó de funcionar después del sexto mes desde que inicio todo esto. Pasó hace ya mucho, pero ni falta que hace entre lecturas y espera el tiempo se va bien.

No pudo llegar, no pudo sacar un espacio, una y otra vez, pero en ocasiones preferías no recordárselo pues te resignaste a tener esa parte de él, solo sus letras y como él era hábil en el arte de escribir, recibir solo esto por varios días parecía ser suficiente. Te escribía cosas bellas, eso avivaba la espera. Las conversaciones así duraban horas, reías y te sentías escuchada, valorada. Eran sensaciones encargadas de hacer esa espera más amena, soportable.

Un día recuerdas tener algunas prendas viejas para botar en el cuarto del reblujo, entras ahí, todo está empolvado, viejo. También está el espejo, el único de la casa, el grande del mueble solterón. Cuando pasas desde la puerta hacia las cajas ves una sombra, es tu reflejo, adviertes. Te devuelves y mientras llegas hasta él te das cuenta: ha pasado algún tiempo desde la última vez en que te viste al espejo.

Intentas hacer memoria acerca de la razón por la cual llevaste el espejo a este lugar olvidado, pero no logras recordar; fue la última vez que te dijo se verían, esa tarde te tomaste un buen tiempo arreglándote y te miraste muchas veces, luego él como tantas otras veces te quedó mal, entonces te enfureciste con el espejo, sentías al verte reflejada en él tan arreglada para nada, como si tu propio reflejo se burlara de ti.

—¿Dayana? ¿Dayana? Le preguntas a tu reflejo, pero ya ni tu misma te reconoces ahí. Esa ya no eres tú.

Un segundo después de pararte frente al espejo volteas a mirar hacia atrás pues en ese reflejo ves a alguien más, esa no eres tú, no la que recuerdas al menos. Es otra a quien ves reflejada ahí; te asustas pues crees que hay alguien más en la habitación. Llegas al punto de estremecerte porque crees definitivamente haber visto un fantasma. Esa es otra persona, una que en poco o en nada se parece a ti, un ser sombrío y triste. Un ser habituado a esperar sin razón aparente, sin merecerlo. No te das cuenta o te resistes a aceptar que la espera paralizó tu tiempo, te detuvo, te encerró en esa casa, empolvando todos los rincones y aunque no lo viste pasar frente a tus ojos, tu cuerpo refleja su paso y esa mujer olvidada eres tú.

Ahora es claro para ti, ha pasado demasiado tiempo. Él te sometió a una espera injusta. Decides terminar con esto que tanto daño te hizo, apagas el computador. Tienes una extensa charla con tus letras donde les pides no le escriban más, donde les explicas la razón de ya no hacerlo. Es por amor a ti. Lo mejor es dejarlo todo así, luego de esto acuestas el lápiz sobre el escritorio, sobre las hojas en las cuales has escrito describiendo aquel encuentro que jamás se dio, pero consideras ya era tuyo a fuerza de esperar.

Después de todo la culpa es tuya, piensas, por no producir en él las ansias de tener ese momento, es cuando te perdonas por haberte hecho eso, por haberte condenado voluntariamente. El hallazgo te agota y te dejas caer sobre el sillón. Escuchas que algo suena, metes la mano por la hendidura del asiento, son las

llaves. Te arreglas, sales a la calle, donde te enteras de que el mundo ha continuado y de que nadie te espera a ti. Te reprochas ese tiempo perdido, pues fue solo eso. Y te arrepientes aunque de nada te sirve por haber esperado tanto, por haber creído esas palabras dichas o escritas a la ligera.

Vuelves a casa, ha sido un paseo corto y avasallador. Llegas pensando en crear un plan para deshacer, para desquerer, para no pensar y mientras lo haces viene todo en marejada: la primera vez que lo viste, las extensas charlas por inbox, las confesiones. Todas esas historias románticas que él te contaba. Sus abrazos, lo tonta que te volvías cuando tenías la oportunidad de hablar con él cara a cara, que no eran muchas y duraban poco, demasiado poco, claro. La melancolía irrumpe desplazando todos aquellos hermosos recuerdos, ya que perdiste algo que nunca tuviste y embebida en estos pensamientos agobiantes te recuestas en la cama.

—Debiste ser más osada Dayana, te reprochas.

—Debiste aprovechar cuando lo tuviste cerca, luego rompes en llanto pues estas siendo demasiado dura contigo misma.

Está esplendido, piensas mientras sonrías a cada momento. Él te abraza, te invita a caminar y tomando su mano lo sigues. Mientras lo disfrutas te das cuenta de lo que sucede, es cuando empiezas a caminar más lento y te las arreglas para que él vaya más lento también. Visualizas un sendero hermoso, largo, con árboles que producen una agradable sombra, por acá, le decís, y van hablando de todo un poco y sonriendo, poco a poco y tras cada paso vas sintiendo que ya no te debe nada,

que pese a todo valió la pena esperar ya que has obtenido lo que querías, ya que has vivido ese momento.

De alguna manera André empezó a sentir más sueño cada vez. Primero y como no sucedía hace tiempo durmió sus ocho horas completas; lo debido, lo saludable, pero con el paso de los días necesitó dormir más, cada vez un poco más. Su cuerpo se lo pedía. No te tardes tanto en volver, le dijiste, intentaré volver pronto, te contestó él, sonriendo, y tú observaste con detenimiento cómo se le marcaban graciosa y delicadamente sus hoyuelos en las mejillas.

La madre de André parece ser la única en preocuparse por lo que ocurre.

—Ve al médico hijo, le pidió.

—Ahora no, mamá. Tengo sueño-, contestó él en muchas de esas ocasiones, cuando no se quedaba dormido a mitad de la pregunta, en cualquier lugar de la casa y en cualquier posición.

En ocasiones la madre se sienta a observarlo, a pensar qué le estará pasando y lo ve sonriendo plácidamente dormido, como si estuviera lleno, como si descansara de una larga jornada cuando en realidad no se ha levantado en días, salvo unos cuantos segundos en los que solo dice tener sueño y se va a dormir. La última vez que ella lo ve despierto hace un esfuerzo sobre humano por mantener los ojos abiertos y le dice a su madre, me quiero quedar del todo. No me vas a dejar morir. ¿Para qué?, le dice ella.

Para poder seguir soñando.

UN CORAZÓN SE EXPANDE EN NUEVE MESES

Cuando comenzaron las náuseas, Dayana se preocupó un poco: “es esa comida”, pensó; “es eso, no debí comer tanta grasa”. Luego buscó otras razones, quizá una enfermedad podría ser la que le causaba las náuseas y el sueño continuo. Lo que la hizo consultar al médico fue la pesadez estomacal. Le atormentaba la idea de que fuera cáncer y de que si seguía ignorando los síntomas, cuando lo supiera sería demasiado tarde para hacer algo al respecto. Tengo que ir e iniciar un tratamiento, mis hijos están pequeños y me necesitan. Aunque tenía un buen esposo, le preocupaba la idea de dejar a sus hijos sin madre, pues no hay otro lugar en el mundo como los brazos, las manos o la mirada de mamá.

Entonces consultó, le refirió al médico general todo lo que le venía sucediendo.

“Le voy a mandar unos exámenes señora, primero el de embarazo y luego vemos qué más”.

“No doctor, no es posible, mi esposo lleva muchos años operado y yo no me acuesto con nadie más, no es eso. Tiene que ser otra cosa”.

Luego el pecho se empieza a inflamar y ella comienza a sentir compresión en esa zona, ahogo continuo al caminar. Parece que se le quiere salir el corazón del pecho; le toman la presión, está normal.

Efectivamente el corazón ha crecido cuatro veces su tamaño normal, pero es algo raro, deciden abrir para ver que encuentran y Dayana es programada para una

cirugía a corazón abierto. Se despide de todos, abraza a sus pequeños fuertemente y recuerda cuanto anhelaba en secreto tener un tercer hijo, al cual llamaría Jacob. De haberlo hecho estarían más acompañados, tendrían ese consuelo como lo tuvimos siempre mi hermana mayor y yo, cuando mamá nos habló del regalo y luego se le hinchó la panza y nosotras sin entender orábamos por el milagro sin saber que ya venía en camino. Ahora se van a quedar tan solos.

Son las siete treinta cuando Dayana entra a cirugía, son las ocho menos quince cuando de la sala de cirugía sus familiares oyen brotar un chillido. Se estremecen, pero no alcanzan a pensar en lo peor cuando sale el medico sonriente, le entrega un pequeño paquetico al padre y le dice: “lo felicito, es un varón”.

El esposo de Dayana recibe al bebé untado de grasa, de sangre y envuelto en una sábana corriente de hospital. “Qué pena doctor, le dice, mi esposa no estaba de parto a ella le están haciendo es una cirugía a corazón abierto”.

“No sabemos cómo pasó, señor, pero al abrir su corazón lo encontramos ahí. A este pequeño haciendo estragos”.

CENIZAS ESPARCIDAS

Era una larga fila, pero alcanzaba a ver un ángel libro en mano. Llamando uno a uno por su nombre completo de nacimiento. No el que se había cambiado para impresionar sino aquel que le pusieron sus padres. Uno a uno íbamos pasando, al ser llamados a lista le leían sus acciones buenas y malas y de acuerdo a esto eran enviados a un lugar hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia arriba o hacia abajo.

Era inevitable al estar ahí haciendo fila y esperando el turno, no intentar rememorar las buenas y las malas decisiones. Fui un hombre bueno, casi siempre, talvez un poco injusto, pero bueno.

—¡Jaime Vanegas!

—Presente —contesté eufórico.

—¿Y el resto de su cuerpo?, veo un ojo y su boca pegado a su espíritu, ¿Y el resto?

—Pues señor al parecer me han cremado y han esparcido mis cenizas.

—¡Si no está completo no puede pasar! Hágase a un lado que hay mucha fila.

No es posible, esa fue mi última voluntad, pero entonces... ¿Divagaré eternamente?

Camino de un lado a otro desesperado, es decir, mi espíritu deambula de un lado a otro. Qué otro camino me queda sino ir por cada parte de mi cuerpo faltante.

Qué bueno que la memoria quedó de este lado, es en lo primero que pienso. Luego intento recordar los lugares que he elegido, los elegí por razones importantes sólo para mí.

Si mi última voluntad fue cumplida debo estar más que esparcido, buena hora en la que se me ocurrió que me botaran al río.

Y como mi espíritu atraviesa el tiempo y el espacio, logro llegar a la funeraria.

Aquí sabré que hicieron con mis cenizas.

Veo a dos de mis hijos, a Luis, el mayor y otro de los del segundo matrimonio. Están sentados en un andén, se reparten algo que trae uno de ellos en una bolsa, lo hacen cuidadosamente. El mayor mete la mano y le va echando al otro en su bolsa. Luego las miden una contra la otra para ver si quedaron más o menos igual “¡Listo!”, dice el mayor, luego se despiden y se van.

Al viajar a Venezuela me ubico en el momento en que mi hijo ha recibido el paquete; mis cenizas en una bolsa. Lo deja sobre el nochero cuando llega, parece sábado porque su mujer está haciendo aseo por toda la casa. Me siento a esperar pues alguien debe abrirlas para poder extraer la parte de mi cuerpo que ahí está. Se acerca el niño, el hijo de la mujer de mi hijo, le parece gracioso el paquete, le zafa el nudo, yo aprovecho para absorberme. A modo de remolino sale de ahí el contenido y el polvo se precipita en el aire, empiezo a ver mis brazos, mi torso, de pronto escucho que ella viene, dejo caer el polvo al suelo. Ella indignada me sacude, mis piernas van a dar debajo de la cama, me toca deslizarme por el suelo para tomar eso que es mío y que necesito para hacer mi tránsito hacia el otro mundo.

Luego me dirijo al río, ahí seguro está mi otra parte, amé ese lugar.

Me dirijo hacia allá y como mi espíritu atraviesa el tiempo y el espacio puedo observar el ritual que ha pasado ya hace varios años. Veo a mis hijos y nietos reunidos diciendo algunas palabras antes de arrojar las cenizas que cuidadosamente se han repartido. La elegida es Dayana, mi nieta, la del medio del hijo mayor. Yo la amaba y ella me amaba y heredó de mí el amor por la literatura. Recuerdo sus cartas, las que me dio desde pequeña y que yo guardaba como un tesoro. Caigo en la cuenta de que se despidió de mí en vida pues me escribió un poema cuando estuve tan grave:

Despedida al abuelito dic 2005

Cuando se van a ir, cuando es definitivo,
Cuando la vida ha empacado la maleta
Y vienen las exhalaciones finales,
el viaje eterno,
el sueño más profundo
¡Claro! Uno quisiera abrazarlos y quedárselos:
-para siempre
-unos días
-solo un rato más
Y ya no hay tiempo para una charla tranquila,
necesitamos apreciarles una sonrisa más,
y la bendición, su bendición que venga y sea un bálsamo
Es definitivo, cortante, avasallador
¡Hubo algo a deuda con el destino!
Y todo lo que la vida nos ofreció, la muerte no lo quita:

¡El momento oportuno!

Ahora lo arrebató con todo el derecho que porque el curso fue escrito así.

Entramos inconscientemente a recordar porque tanto dolor encontrado nos lleva ahí, al lugar donde se guardaron las imágenes antiguas: ¡el alma! Y es la parte que se derrumba, que grita, que se inunda, que quisiera tomarlo en brazos y tener la fuerza y velocidad suficiente para correr tan rápido y tan lejos que ni la misma muerte pueda alcanzarlos o ganar.

Abuelito este poema te lo escribí cuando estuviste tan delicado me alegra poder disfrutarte un poco más. Te amo tu pirringa.

Su voz me saca de mis ensoñaciones. La oigo detenidamente sin preocuparme demasiado por mis cenizas, por la otra mitad de mi cuerpo porque así fui repartido entre dos de mis hijos, los más cercanos pues aunque eran muchos más, el resto no me visitaba. Ella dice cosas reales, habla crudamente de quién fui en vida: un hombre equivocado que aprendió de sus errores y cambió, la oigo decir: “yo no creo que todos los muertos son buenos, el muerto es lo que era. Lo que hizo en vida, eso es todo”.

Sonríó pues la oigo mencionar mis gustos, mi música preferida. La oigo hablar de mi humor. Casi oigo palpar mi corazón pues ella heredó de mí el amor por las letras y mi comicidad, es graciosa al leer, todos se ríen tímidamente pues ella reclama su herencia al hijo que me cuidó al final de mis días; mis libros viejos, roídos por el tiempo sin ningún valor más que el sentimental y lo hace de una manera desparpajada, así como cuando yo le contaba algunos cuentos. Así como cuando le dije que mi piel no era negra sino que estaba quemado por el sol y la oigo cuando finaliza y dice: “yo vengo de esa parte de él, de esa mezcla de poesía, música y comicidad”. Y me encanta, ¡lo disfruto tanto! Como cuando me sentaba a leer

plácidamente alguno de mis autores favoritos como Vargas Vila, en el patio grande de mi casa en La Unión antes de que me la arrebataran.

“¡Lo lograrás mi pirringa!”, le digo al oído y aunque ella no me oye, me siento pleno al decirlo y completo aunque no lo esté aún. Al acercarme veo físicamente mis orejas salir de entre los dedos de mi nieta y posarse lado a lado de donde debe estar mi cabeza. En ese momento recuerdo por lo que verdaderamente he ido y me acerco despacio donde cada uno de los integrantes de mi familia que tiene un puñado de polvo en sus manos. Ahí está mi corazón por eso hace un rato pude sentirlo latir fuerte, está mi cráneo, otro tiene mis rodillas y otra de mis nietas mis pies y mi protuberante nariz. Los veo irse después de haber dejado el puñado de polvo en el río Cartago donde nací y viví gran parte de mi vida.

Al oírla recuerdo mi legado, lo veo ahí hecho carne en ella. Al escucharla logro saber que mi viaje por la tierra no fue en vano pues me siento perpetuado ahí. En ella, que ama los libros, que tiene un montón de libros viejos en su biblioteca personal, que heredó íntegro mi humor desparpajado y ocurrente. Es justo en ese momento, cuando la escucho hablar de mí exactamente como era, sin darme de habilidades inexistentes pues me choca cuando hacen eso con los muertos. Pero ella no, ella dice de mí lo bueno y lo malo. Al saberlo siento paz y me veo completo.

Es justo en ese instante, cuando me siento tan liviano que empiezo a ascender sin poder controlarlo pues me doy cuenta de que ella me amaba conociéndome, ella me amaba tal cual yo era.

UNA SOLA CARNE

Amor ¿Cómo terminamos aquí? Le pregunta ella en voz baja. Con las manos aprieta contra su boca la cobija de lana que le prestaron en la UCI para pasar la noche. Apenas el martes lo vio levantarse, un poco maluco sí, pero parecía una gripe, de esos malestares simples que se pasan rápidamente.

—Amor ¿Te llevo al médico?

—No —le dijo él—. Eso ahora se me pasa...

Amor, ¿cómo terminamos aquí? Le pregunta nuevamente a su esposo mientras se hunde en la silla reclinable de la UCI y se tapa con la cobija de lana prestada, así nadie la verá sumirse en la tristeza.

Todo sucedió demasiado rápido, apenas la noche anterior estaba en casa colocándole emplastos en los pies, porque según su mamá eran benditos para bajar la fiebre. Yadir quédate quieto le decía entre risas, mientras él se retorció de las cosquillas. Primero le sobó los pies con un algodoncito untado de alcohol, luego le restregó la sal envolviéndoselos en periódico para que no se le cayera. Luego intentó colocarle las medias, pero por el bulto que hizo el papel solo pudo metérselas hasta la mitad. La pequeña Agustina le ayudaba, le iba pasando las cosas y también reía, pues veía a papá disfrutar de esos emplastos. Pero el remedio no hizo efecto rápidamente, por eso ella le pidió que se bañara. Él muy a regañadientes fue. Sí, efectivamente esto le bajó la fiebre y se quedaron dormidos pero a la una de la

madrugada, ella despertó, al tocarlo él hervía, por eso se levantó y lo obligó a tomarse el acetaminofén que le mandaron en su IPS “de confianza”, luego se volvió a dormir para luego despertarse nuevamente a las seis de la mañana.

—Amor tenga, tómese el acetaminofén y se viste. Ya nos vamos para el médico.

Él habló, lo intentó al menos, pero ella no pudo entender nada.

—Amor levántese.

Él lo intentó, pero no pudo, solo se dejó caer sobre la cama nuevamente.

—Amor ayúdese, yo no puedo sola con usted.

Él lo volvió a intentar, pero solo ponía las palmas sobre las sábanas, levantaba un poco su cuerpo de la cintura para arriba para luego volver a caer sobre la cama. Ella desesperadamente buscó ropa pensando que solo andaba terco, porque siempre se pone terco cuando se enferma; es un mal de familia. Así dijo el abuelo: “No me molesten, déjenme morir en mi casa”, y efectivamente lo dejaron podrir en su casa, en su cuarto, en su cama, con el hedor en el aire recorriendo la habitación.

Ella empieza la labor de vestirlo: la camisa, luego las medias y el jean.

Pero como esta tan terco, tan pesado, decide bajar y pedirle a su mamá que vive en el primer piso que venga y le ayude a vestirlo y a bajarlo del tercer piso donde duermen.

—No hija no le ponga jean, no ve que eso es más difícil. Tenga póngale mejor esta sudadera.

—Bueno, hágale pues, usted de allá y yo de acá.

—Listo.

—Abrácelo usted de ese lado y yo de este para bajarlo.

—No mija, este hombre no se puede sostener.

—Entonces vaya llame al vigilante.

Siempre hay dos, uno vigila de noche, el otro de día. Ella espera al más grande porque ¡Claro!, contará con la fuerza necesaria para ayudarlo a bajar, pero sube el más viejito.

Se asoma a la calle, pasa un vecino en moto y lo detiene.

Suben los dos —el vigilante y el vecino—.

Las escaleras que comunican el tercer piso con el segundo son amplias, entonces uno lo toma de un lado, el otro del otro y lo bajan. Él pone resistencia se sostiene de las paredes, por eso ella le pide con voz suplicante: “Amor déjese, mire que ellos me están ayudando porque yo no puedo con usted”.

Cuando ya están en el segundo piso los hombres paran pues él se estremece y a ellos les parece que convulsiona, pero es solo un movimiento, como de escalofrío, piensa ella. Las escaleras que van del segundo al primer piso son estrechas por eso ella le pide al vecino de la moto —pues es más joven que el vigilante y se ve más fuerte—.

—¿Usted lo puede bajar a tun tun?

—Sí, claro.

Cuando se lo monta encima, él le pide a ella y al vigilante que lo sostengan de las manos para que no se vaya a ir hacia adelante, porque puede caerse.

Una vez están abajo ella corre a buscar un taxi hasta la esquina, mientras su mamá se baja a seguir alistando los niños para ir al colegio. Cuando vuelve, la mitad de la cuadra está en el antejardín de su casa, eso la intimida un poco, pues no esperaba tanto público.

Otros dos vecinos que ella no sabe a qué hora o cómo llegaron hasta ahí, lo sacan del primer piso e intentan meterlo al taxi, donde ya ella se ha metido en el asiento trasero para poder sostenerle la cabeza, pero él se para recto frente a la puerta y tiembla levemente. Ellos le hablan:

—Métase parcero —le dicen, pero él no se mueve.

Entonces le doblan las rodillas porque alguien más de la multitud lo aconseja y logran meterlo al taxi, cierran las puertas y el taxi arranca.

Él tiene los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Cuando han avanzado dos cuadras empieza a estremecerse con fuerza y sale babaza verde de su boca. Ella no sabe qué hacer, recuerda unas oraciones aprendidas, entonces las dice y las repite muchas veces. El taxista acelera, mientras le grita a los policías y guardas por donde pasa la razón por la cual se pasa los semáforos y va tan rápido.

Ella lo sostiene, llora y ora. De pronto él deja de estremecerse, estira su cuerpo y al parecer deja de respirar. Ella solo se queda mirándolo, llorando mientras piensa: “se

murió”, pero al cabo de un infinito segundo él aspira con fuerza, relaja su cuerpo nuevamente y se queda como dormido. A ella le ha vuelto el alma al cuerpo, pero sigue orando y esperando llegar pronto a la clínica, como si llegar fuera una esperanza, el taxista sale del carro corriendo a llamar al vigilante para que traiga una camilla y el vigilante sale solo, desde el carro ella le dice:

—Usted solo no puede con él, él pesa bastante y yo no lo puedo cargar.

El vigilante llama por radio repetidas veces, nadie viene, entonces el taxista ayuda. Ella lo empuja desde dentro y entre los tres lo suben a la camilla y la ayuda solicitada jamás llega. El vigilante lo entra a la clínica. Ella debe quedarse en la entrada dejando los datos, pero cuando se asoma ve la camilla con su esposo ahí acostado y que nadie lo está cuidando, entonces entra y cuando ve al enfermero le dice:

—Él no se puede quedar solo, porque esta convulsionando. Si se queda ahí solo se puede caer.

El enfermero orondo y descarado le contesta:

—A él no lo hemos dejado solo.

Es esa frase, es esa reacción la que dispara en ella la furia. Y empieza a hablar duro y a reclamar:

—¿Qué no lo han dejado solo? ¡Sí lo dejaron solo! Ayer él vino aquí y no lo atendieron como era debido, lo mandaron para la casa a tomar acetaminofén. ¡Sí, lo dejaron solo! De no ser así, él no estaría hoy en este estado.

—Está bien señora yo me quedo aquí y se para al lado de la camilla.

Ella se va a dejar los datos en la recepción: ¿Cuál es su nombre? ¿Su edad?

—Yadir Echeverri, 29, contesta mecánicamente.

—¿Usted qué es para él?

—La esposa.

—¿Cuál es su nombre?

—Dayana Vanegas

De pronto la señorita que la atiende, le dice:

—Ahora lo llaman de un consultorio.

¿Todos son estúpidos ahí? Ella no lo puede creer y en tono irónico le dice:

—¿Ahora el médico lo llama y él se levanta de la camilla y va?

La señorita la mira, reconoce con un gesto y rectifica lo antes dicho:

—Ahora el médico va y lo examina.

Ella piensa en esa canción, recuerda la misma canción cada vez que debe ir al médico, la escucha sonar en su cabeza repetidas veces: *“No me diga que los médicos se fueron ♪ ♪ ♪ ♪ ♭ no me diga que no tienen anestesia ♪ ♪ ♪ ♪ ♭ no me diga que el alcohol se lo bebieron ♪ ♪ ♪ ♪ ♭ y que el suero ya se usó para endulzar el café ♪ ♪ ♪ ♪ ♭.”*

Cuando ella llega a donde está él, ya le han colocado un aparato que le aprieta el dedo. El enfermero —el tonto de hace un rato— se arrima con una actitud distinta a preguntarle todo lo que sucedió desde que él expresó su malestar, y otra vez: ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Qué dijo que le dolía? ¿Por qué consultó el día anterior? ¿Usted qué le dio de tomar?

De ahí lo remiten a otra clínica pues al parecer está muy grave y en este lugar no tienen los recursos suficientes para atenderlo. Llega la ambulancia, dos señores lo acomodan para llevárselo, lo montan en este vehículo y se van. Cuando se van a bajar uno de ellos no está por ahí. El conductor lo baja solo, pero ella no se le despegaba ni un segundo, de pronto la camilla se ladea, ella de inmediato toma el lado que se ha levantado y la acuesta nuevamente. Cuando mira el señor que sostiene el otro lado, este la mira asustado pues casi se voltea la camilla con paciente adentro, ella lo mira con cara de decepción, ambos saben que de no estar ella ahí, lo habría dejado caer empeorando su situación.

Ingresan a esta clínica donde los recibe un doctor a grito limpio:

“Se van de aquí. Aquí nadie llamó y no hay lugar para él”.

Ella no dice nada, ya no. No tiene fuerzas, ahora sabe que su esposo está muy mal. No es solo chikungunya como ella pensó cuando él le dijo que le dolía el cuerpo, es algo malo pues cuando él le habló en la mañana no se le entendía, esto fue lo que más alarmó al médico que lo remitió a este otro lugar. No se enoja esta vez, solo espera. El conductor de la ambulancia y el camillero ausente de hace un rato que ha reaparecido, hablan con el médico alegando la gravedad del paciente que está

ahí acostado en la camilla, inocente de que no lo quieren atender y probablemente esté muriendo.

Finalmente otra enfermera, al parecer “la jefe”, llega y con mucha calma les dice que va a llamar a otro lugar, a pedir que lo reciban allá. Les comenta:

—Desde la IPS debían llamar primero y no lo hicieron. Así se hubieran evitado perder la venida.

Y se enojaron cuando los llamé ineptos, piensa ella. Nuevamente se montan en la ambulancia, se van hacia otra clínica, al llegar ahí, lo meten en el cuarto de reanimación, ella entra corriendo detrás de él, pero un hombre vestido de blanco la taquea con su cuerpo y la detiene sin decir nada, como si fuese un jugador de fútbol americano. Ella se detiene, lo mira, trae el nombre bordado en el bolsillo y dice médico, pero ella no dice nada, ya no tiene fuerzas, ya no tiene ganas de pelear con nadie. Él empieza a preguntar que le pasó al señor, ella repite mecánicamente la historia, pero le dice que no está segura si aparte de la convulsión en el taxi convulsionó más veces, pues las otras sacudidas eran suaves.

—Yo tampoco creo que haya convulsionado —le responde el médico, en un tono agrio, despectivo.

Ella no dice nada, solo aprovecha cuando el médico se va y se arrima a su esposo.

—Amor ya estamos solos, hábleme —le dice—, pero él no dice nada.

Viene el enfermero y le pregunta nuevamente, ella repite lo dicho a los demás, mientras ve cómo le sacan sangre en dos tubitos.

Ella sólo observa, perdida en algún lugar de su cabeza, piensa sin pensar en nada, sólo observa. Cuando de pronto oye al enfermero, este le habla, ella lo mira, y sólo levanta las cejas para pedirle que le repita la pregunta.

—¿Usted es Dayana, la esposa?

Ella contesta con la cabeza, no dice nada, ya no tiene fuerzas.

—¿Él siempre es así?, y le coge el brazo derecho y lo deja caer. ¿Él tiene problemas de movimiento en un lado de su cuerpo?

—No —le responde ella—. Él es normal, él se mueve normal.

Le hablan y le preguntan el nombre, pero él no dice nada, ni abre sus ojos. Lo sacan de esa sala y lo acomodan en el pasillo donde están los demás enfermos. La enfermera viene.

—Señora ayúdeme a sostenerlo. Le voy a sacar una muestra de orina.

Y viene con la sonda en la mano, a pesar de su inconsciencia él se mueve con fuerza e intenta arrancarse esa sonda. Se mueve y se mueve y no para de hacerlo, ella pide ayuda porque se le puede caer de la camilla, es por esto que lo amarran a ella.

Él continúa botando algo por su boca; babaza, saliva, vomito, ella no sabe qué es, pero coge un papel de un dispensador y lo limpia pues siente mucha pena de verlo así.

Ya es medio día han pasado las horas, dos o tres, desde que están ahí, es cuando ella se arrima al médico, al jugador de fútbol americano en horas laborales, y le pregunta qué salió en los exámenes de sangre.

—Tiene síndrome convulsivo —contesta el médico y dice otras cosas.

Ella no entiende, pero todas suenan muy mal. Le comenta que está buscando a la neuróloga para que lo vea. Ella se aleja meditativa, pensando en la cara de burla del médico, mientras le decía las cosas de una manera tan técnica como para que ella no entendiera.

Al cabo de un rato se lo llevan de ahí, van a hacerle un examen para ver si hay sangrado en el cerebro. Al llegar ahí lo ve la neuróloga, se queda observándolo mientras él se estremece.

—Eso es una infección meníngea —dice.

Ella la escucha, mientras ve cómo ha empezado a caer agua de la camilla.

—Vaya consiga unos pañales —le dice la enfermera cerca del oído.

Ella camina mecánicamente, mientras recorre los pasillos piensa en esa palabra: Meningitis, le suena muy familiar, ya la ha escuchado antes. Le suena a desgracia, a miedo y mientras la imagen de la camilla destilando agua cruza su cabeza una y otra vez, ella piensa en esa tenebrosa palabra: MENINGITIS.

Entra al baño, intenta orinar, no puede. Hace rato no lo hace, estaba demasiado ocupada. Cae en la cuenta; lleva horas sin orinar cuando en realidad suele ir seguido

al baño —reflexiona— es por eso el malestar en la vagina. Se queda sentada un rato intentando relajar el cuerpo para orinar, pero no lo logra.

Sale y se encuentra con su hermana, quien está ahí desde el segundo traslado en ambulancia, le hace señas con la mano con el fin de alejarse un poco de los otros desgraciados que esperan en la sala del pavor.

—Meningitis le dice, con la voz entrecortada mientras el llanto sale irrumpiendo el alma, trepando por la garganta, precipitándose por los ojos. Su hermana le dice que se calme, pues Dios los va a ayudar. Ella solo puede pensar en: “déjenme llorar, necesito llorar”. Van a la cafetería se comen algo y su hermana se va a traer ropa, pues lo que él traía ya está todo mojado. Después llega su hermana mayor, quien se va por el otro mandado; por los pañales.

Ella regresa al lugar donde le iban a hacer el examen, la neuróloga sale y le dice: —Lo entubamos, pero no te asustes, no está más grave, es para poder tratarlo mejor. El examen salió bien, no tiene sangre en el cerebro y su corazón no sufrió paro. Vamos a seguir haciéndole exámenes para saber bien qué pasa.

Lo sacan de ahí ya entubado, ella no grita aunque le resulta impresionante verlo así, sólo mira. Lo llevan nuevamente a la sala de reanimación y la neuróloga le dice que le van a hacer una punción lumbar. Ella ayuda a colocarlo en posición fetal (acostado de lado) y ve como esa doctora saca una aguja enorme y empieza a chuzar su espalda en la parte baja una y otra vez, pues según dice hay mucha presión y no puede meter bien la aguja. Luego otra y otra y una vez más, hasta que pierde la cuenta de las veces. Cuando por fin lo logra dice:

—Mira, tiene cuarenta y dos de presión, es una viral.

Eso es un descanso, al parecer es menos grave que la meningitis. Empiezan a asearlo le quitan toda la ropa y lo dejan solo con un pañal, así que la maleta llena de su ropa, su toalla y sus chanclas es inservible y sólo pesa. Le pesa mucho en la espalda, a lo mejor lo único pesado es la pena, lo uno o lo otro, igual pesa mucho.

Empiezan a medicarlo contra esto, el medicamento es demasiado fuerte y deben suministrárselo en grandes dosis, pues hay que atacar con violencia aquello que ha devastado su cerebro al punto de que en pocas horas perdió todas sus funciones, ya ni respira por sí solo. Además deciden doparlo para que su cuerpo se relaje y deje de batallar pues su sistema nervioso se ha visto afectado y por eso es que su cuerpo no para de luchar.

Ya es de noche, lo canalizan, desde la sala del examen sale con un oxígeno que impulsan inflando un aparato. En este momento lo conectan a la pipa lo dejan bien amarradito a la camilla y se van a buscar un cuarto para acomodarlo ahí. Ella se sienta a comer, sus hermanas le dejaron una cena completa con sopa y seco, ella solo se toma la sopa pues no hay mucha hambre, pero sabe que necesitará fuerzas ya que el médico antipático, después de insultarla por pedirle algún documento que hiciera constar que su esposo estaba ahí para llevarlo a la empresa, le dijo:

—Doña Dayana, prepárese, esto va para largo, no sabemos cuánto tiempo su esposo va a estar así y cuando despierte, no sabemos cuál va a ser su estado.

Además ha empezado a sentir malestar en la garganta al tragar, por eso mejor solo la sopita. Un nuevo enfermero entra, le hace las mismas preguntas, ella repite lo ya contestado con un dato de más o de menos, él le dice que le va a cortar unos cauchos que él trae metidos en las muñecas, ella le pide un segundo para quitárselos sin que se los dañe. Mientras lo hace piensa: cuando él se despierta se pondría triste si le dañaran sus cauchitos, si algo hubiese cambiado. Debe permanecer todo igual. Debo sostener todo tal cual estaba cuando él cerró los ojos. Debo pagar las cuentas, voy a cubrir la moto para que el sol no la dañe, los niños deben ir al jardín con toda normalidad. Debo ser fuerte para sostener todo hasta que él se despierte.

Luego vienen por él y le dicen a ella:

—Lo subimos por acá, usted suba por las escaleras, allá la llaman para que entre a donde él esté.

Ella sube, espera, y espera y cuando se desespera pregunta, pero la muchacha al otro lado de la ventanilla no le contesta es como si ella no estuviera ahí. La chica solo la ignora, por eso ella se sienta en la sala de espera; a esperar, ¡claro! Pero el cansancio la vence y se queda dormida, profunda. Se despierta dos horas después como a las tres de la mañana sintiendo una extraña sensación de hormigueo en las piernas y cuando vuelve para preguntar ya no hay nadie en la recepción de la UCI, empuja la puerta y entra fácilmente. Al parecer todos están concentrados en su trabajo, nadie la mira, nadie la detiene. Ella recorre el lugar hasta que lo ve —ya

está amaneciendo— cuando entra se da cuenta de que los vivos también transitan por el hades cuando llevan el alma pendiendo de un hilo.

La imagen fue impactante; ahí estaba su esposo conectado a una enorme máquina, tenía la sonda del oxígeno metida por la nariz y por ahí mismo, otra que del otro extremo se conecta a un tarro de donde sale un líquido con un color parecido a la leche condensada y éste lo alimenta. Estaba entubado, tenía los ojos pegados con cinta como de enmascarar, estaba canalizado, tenía el aparatico apretándole el dedo. Tenía unos chupitos en el pecho, estos también iban hacia la máquina y una especie de medias en las piernas conectadas a otro aparato por medio de unas sondas, esas medias vibraban todo el tiempo, la idea era ejercitar sus piernas inmóviles. Además estaba amarrado de manos y pies a esa nueva camilla.

Fue en ese momento en el cual ella quiso desaparecer, en que su llanto se convirtió en gemido y la cobija de lana a cuadros le ayudaba a mitigar su agonía. Fue en ese momento al ver a su esposo joven, lleno de vida, fuerte, reducido a un vegetal. Fue ahí cuando le preguntó ¿Amor, cómo terminamos aquí? Si apenas hace unas horas estaban en casa y al levantarse él le dijo: “Amor, me duele mucho el cuerpo”. Fue en ese momento cuando empezó a escuchar su voz, la de él, diciéndole cosas dulces, cosas tristes y en el tono notaba sus constantes cambios de ánimo: a veces alegre, a veces triste, a veces desolado.

Esa noche fue la peor de su estancia en este lugar porque además del intenso frío, sin poder ir al baño, sin poder entrar algo para escribir o leer para entretenerse, ahí solo se podía pensar y eso significaba una tortura. Después de pensar que no se

podía ser más desgraciado se quiso acostar en la silla, pero la silla no se acostó, permaneció rígida, entonces durmió sentada las pocas horas que quedaban, pues a las seis de la mañana, lo vio en un papel pegado de la puerta con los horarios: todos los visitantes debían salir de los cuartos, estos estaban divididos por vidrios y la intimidad te la otorgaba una cortina semi-blanca, semitransparente.

—Adiós amor, nos vemos ahora —le dijo, cuando al mirar su reloj dieron las seis.

Ella seguía hablándole sin importar que él no contestaba, ni hacía sonidos, ni intentaba voltear a mirar, ni se movía, excepto cuando se le tapaba la sonda por la cual le introducían los medicamentos y debían renovársela, esto parecía muy doloroso pues ahí sí se movía, se estremecía, parecía querer escapar, esos eran los únicos instantes en que abandonaba su total inmovilidad.

Afuera habían unas sillas de esas que vienen pegadas de a tres, se acostó ahí a dormir las horas que los separaban, esas horas en las cuales ella se sentía profundamente sola y todo se quedaba en un silencio gris, abrumador. El hormigueo continuaba en las piernas, era constante, parecía no detenerse nunca.

Las horas en un lugar así son lentas y se convierten en amigas o enemigas. Además desplazarse le costaba, su cuerpo le pesaba, costaba mucho dar cada paso o estirar los brazos si le rascaba algo. Debe ser por esta maleta tan pesada, por eso ya no puedo extender bien mis extremidades. Me siento atada.

Hay que buscar qué hacer afuera, leer o hablar con alguien y reír, hay que intentar reír, así sea sin ganas después a uno se le olvida cómo se hace y no se puede, se debe practicar para cuando el ser amado despierte y la vida continúe. Las charlas

no son muy interesantes, los demás de-ambulantes solo se quejan del dolor que sienten en el cuerpo, del personal médico que los ignora. De su silla que no se reclina; debe ser por eso que no pueden profundizar su sueño; pasar del otro lado, hacia el descanso genuino.

Además tienen en los brazos unas marcas, moretones que a mí me han empezado a salir también, debe haber algo contagioso en esa sala o ellos me han contagiado algo a mí, por eso he evitado los últimos días su cercanía, solo los veo deambular cerca, de un lado a otro y ellos me ven a mí haciendo lo mismo. En este estado de suma quietud no hay mucho por hacer.

Siguen pasando las horas, los días, las noches, ya me adapté a la silla, me agacho le estiro la varilla, me tiro encima, quedo recostada en resbalada, pero eso es bueno pues es más cómodo así que sentada. Me paso las horas afuera leyendo y le sigo hablando al negro para mantenerlo al tanto de todo, así no se perderá de nada mientras duerme, le recuerdo lo prometido: “vamos a estar juntos hasta viejitos”. Le repito al oído lo que oigo que de alguna manera su voz me dice. Le impido olvidar sus hijos pequeños a los cuales debe enseñarle muchas cosas aún, a Sol a montar bici y que no ha llevado a peluquear a Isaac y ya está muy mechudo. Le pido que se levante pronto, pues comiendo acostado a través de la manguera se va a engordar y él es muy obsesivo con eso de subir mucho de peso.

Le recuerdo las razones para despertar que son muchas. Le enumero nuestras posesiones: tenemos dos hijos, tres gatas, tres pájaros y el agregado de que Isaac está loco y Sol es una negra hermosa. Le pido que abra los ojos porque ese lugar

no me gusta, hay que estar rindiendo cuentas y sigo sin poder orinar, casi no puedo ni ir al baño a intentarlo. El baño más cercano está afuera de la sala de cuidados intensivos y como no hay vigilante de noche luego no hay quien me abra para poder volver a entrar, a menos que alguien muera dentro de la sala y justo en ese momento esa alma desubicada me haga el cruce.

Me siento más viva, aliviada, en las horas de ingreso a la UCI, pues lo escucho todo el tiempo, es como si de alguna manera él hubiese conseguido comunicarse conmigo. Le escucho, me siento acompañada y siento como si me tocara el rostro, los brazos o las manos. Siento al escuchar su voz como me inyecta fuerza para salir de esto. Vamos a salir juntos como entramos, le repito, lo que oigo que me dice en mi mente muchas veces.

Sin embargo, continua inmutable, yo continúo escuchándolo, debe ser por eso que no me siento tan sola, pero también debe ser porque mi familia y sus amigos han estado muy pendientes, y han estado orando. Sin embargo, me parece que es algo más, es como cuando estoy muy triste y le pido que me guarde en el refugio de su amor y él me abraza por la espalda con una mezcla exacta de dulzura y fuerza y yo me siento tranquila, segura, en ese lugar ubicado dentro de sus brazos. Me siento como anestesiada como si me hubiera tomado una pastilla para estar más tranquila y soportar todo esto, pero sé que no es posible, pues mi mamá, quien podría haberme hecho tomar dicha pasta, está lejos, cuidando los niños.

Con tanta quietud alrededor recuerda al pastor el día de su boda cuando les dijo: —
"Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne".

Recuerda el rito hecho durante la boda era un candelabro de tres velas, ambos tomaron la del extremo y juntos encendieron con su vela la de la mitad, luego apagaron la que tenían en la mano; somos una sola carne y aunque una parte de mi esta inconsciente, aun así, estamos pasando juntos por todo eso. Piensa en esto, en este silencio abrumador, pues al parecer a la gente de por aquí le gusta mucho dormir. Sin embargo, es mejor permanecer alejado, después me pegan otra cosa como el sarpullido en los brazos que han empezado a hincharse demasiado.

No ha vuelto a comer, pero aún tiene energía, un poco como para deambular por los pasillos de la UCI, por las salas de espera del segundo piso de la clínica. Ya llevan cuatro días ahí con sus tres noches cuando ella abre los ojos. Le sorprende el panorama que divisa, es distinto esta vez, pues recostada en la silla reclinable, al despertar, siempre veía de frente las otras divisiones en vidrio de los demás enfermos de la UCI. La posición en que solía dormir era incomoda, resbaladiza, así que no lograba profundizarse para no moverse y así al menos lograr descansar en una posición un poquito estirada, era peor dormir sentada en realidad. Pero esta vez siente su cuerpo totalmente acostado.

Esta tan cómoda, aunque siente dolor, esta cómoda, aunque le arde la vagina. Esta vez al despertar ve el techo, es blanco. Siente su cuerpo estirado, siente con más intensidad sus piernas con sensación de hormigueo. Al girar la cabeza ve la

maquina a la cual ha estado conectado su esposo y un poco más allá ve la cobija que le prestaron desde la primer noche que pasó ahí, cubriendo a alguien que incómodamente duerme en la silla.

Se queda observando, cuando vuelve la mirada se da cuenta, es su brazo el que ahora está canalizado y se ve muy hinchado. Ve cómo el oxígeno atraviesa su nariz. El cablecito que alimentaba a su esposo ahora la está alimentando a ella, es cuando quiere hablar y se percata: tiene un tubo en la boca que no se lo permite e inconscientemente se lo arranca, siente mucho dolor, tanto, que se desmaya. Pasan un par de horas más, vuelve a abrir los ojos al oír algunos murmullos, es su esposo hablando con la enfermera de turno.

—Amor —dice ella y su voz casi no se escucha ni se entiende.

—Amor, repite él, mientras la mira y se apresura a abrazarla y la besa en la frente, pues son pocos los lugares que él puede tocar que no están rodeado de cables; sólo sus antebrazos, sus manos, sus mejillas.

—Hola amor, ¿Cómo estás?

—Me duele, y se toca la garganta.

—Sí amor, te arrancaste el tubo y te lastimaste.

Ella intenta tocarlo, pero no puede, ya que sus manos están amarradas a la camilla y sus pies igual.

—Por qué estoy amarrada —pregunta con esta nueva voz.

—Porque te movías mucho, te querrías arrancar todo. Te amarraron para que no te hicieras daño.

—Estamos acá desde el miércoles —le dice él.

Ella lo mira sorprendida, pues ya lo sabe, ya que ella lo llevó ahí el miércoles cuando él se sintió mal. Él sigue contándole, ella solo escucha cómo él repite todo lo que ella vivió con él. Sólo que en esta narración la enferma es ella.

—Cuántos días llevamos acá —pregunta ella.

—Hoy es sábado: cuatro desde el miércoles.

Siente mucho dolor, es como si sus extremidades algo adormecidas se hubiesen despertado de pronto. Sus brazos están inflamados debido a los innumerables chuzones, le duele la espalda, la cabeza, le arde la vagina ahora con mucha más intensidad que cuando creía estar despierta, pues tiene una sonda ahí también.

—Está bien, Dayana —le dice él, porque la ve angustiada.

—Vos y yo somos uno solo y vamos a salir juntos de todo esto.

NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS, NI MUERTO QUE LO RESISTA

Lo noté un día mientras desprevenida me pasé la mano por la garganta, había un bulto, era como una banana, realmente pequeño, pero me extrañó porque antes no estaba ahí. Desde ese momento empecé a observar esa parte de mi cuerpo detenidamente. En realidad sucedió de manera lenta, algo ahí crecía, era un bulto, y con el paso de los meses se convirtió en algo preocupante pues empezó a notarse. Hasta el punto en que una tarde cualquiera mi mamá se acercó y me dijo:

—Mija, le está saliendo coto. Pero tranquila eso se cura, sólo necesitamos un muerto.

Ella se quedó pensando.

—Caminé vamos para donde su tía Ruth a preguntarle bien cómo es el cuento.

Yo me fui con ella, más con el ánimo de visitar, porque ese cuento del muerto era para mí absolutamente inverosímil. Mi tía dijo que debía ser un hombre el muerto, si la del coto era una mujer y viceversa. Nos explicó cómo debíamos cogerle las manos y con las palmas hacia arriba sobarse el coto de un lado hacia otro. La izquierda (mano del muerto) sobarla de derecha de mi cuello hacia la izquierda, y la derecha (mano del muerto) de izquierda a derecha de mi cuello. Con ambas manos para que se llevara el coto, hacer eso era efectivo porque a su hermana le había dado y al morir el esposo hicieron esto y se llevó su protuberante coto.

En realidad ya me sentía angustiada con el cuento del coto, pues se empezaba a notar, había dejado hace mucho de ser una bananita y me preocupaba verme como algunas personas a las cuales les cuelga un bulto grande imposible de camuflar.

Por eso finalmente pensé, sólo es cuestión de esperar a que un muerto aparezca. Esto no tardó mucho en pasar y como mi papá sabía lo del coto, vino a buscarme.

—Mija hay un muerto en el barrio, es un muchacho, camine vamos.

—Bueno vamos —le dije, entre emocionada y pasmada, pues mi encuentro con el muerto ya era un hecho.

Le pedí a mi hermana mayor que nos acompañara y fuimos hasta la casa donde era velado el muerto. Como era de día no había mucha gente, sólo dos o tres personas. Mi papá llamó a la señora, la mamá del muerto, la cual era una conocida suya, le contó lo del coto y ella accedió argumentando que si su hijo podía hacer algo bueno lo haría, aunque fuera después de muerto. Le pidió a la poca gente sentada en su sala que salieran un momento y entonces solo quedamos el muerto, la señora, mi papá, mi hermana mayor y yo. Mi otra hermana, Dayana, no pudo acompañarnos pues estaba cuidando los niños, pero sé que le habría gustado estar ahí porque le gusta mucho contar historias.

La señora abrió el féretro y apareció un muchacho, estaba muy joven y lo tenían amarrado de los dedos pulgares de las manos y con esa misma cuerda hasta los dedos gordos de los pies. Nos causó curiosidad a todos y nos miramos, mi papá le

preguntó por qué estaba amarrado así y la señora como si fuese algo de lo más natural, le contestó:

—Es para que al asesino de mi hijo lo cojan y no se vuele, eso es muy efectivo.

Luego le soltó las manos y le hizo una señal a mi papá, indicándonos que podíamos hacer lo que necesitábamos hacer, mi papá le cogió la mano y la sacó un poco afuera del féretro, sólo un poco, yo me acerqué y con los ojos cerrados me sobe esa mano por mi coto, olvidando la técnica explicada por mi tía, me lo sobe de lado a lado rápido pues era impresionante lo que estábamos haciendo, luego me retiré rápidamente. Le agradecemos a la señora mientras ella ataba nuevamente su muerto y nos fuimos, no sin antes fijarme bien en el nombre completo del muchacho, al menos eso, ya que me había hecho un gran favor.

Apenas llegué llamé a Dayana a contarle todo y se lamentó mucho no haber estado ahí. Sin embargo, me dijo: esta experiencia está genial para escribir un cuento.

Los días siguientes estuve muy pendiente de mi coto, pues estaba ansiosa por saber si había servido de algo y efectivamente noté como poco a poco, día tras día, el coto fue desapareciendo hasta que no quedó sino el estremecedor recuerdo de mi encuentro con el muerto, eso pensé sería era lo único que me quedaría. Pocos meses después, una noche, mientras plácidamente dormía algo me tocó, sacándome de mi profundo dormir. Lo primero que sentí fue mucho frío, por eso me desperté rápido, fue como cuando alguien está mojado y tú estás calorocito en tu cobija, ese tipo de frío que te penetra hasta los tuétanos y te hace brincar, así fue. Cuando abrí los ojos vi una sombra, segundos después al lograr despertarme

completamente, lo vi, era él, el muchacho contenido dentro del féretro. Aquel muerto estaba frente a mí y con el borde de sus dedos amarrados volvió a tocarme, pues yo estaba petrificada.

No daba crédito a lo que veía, por eso cerré los ojos otra vez y temblando esperé desapareciera esa alucinación, pero me volvió a tocar, abrí los ojos de nuevo, lo miré y sin decir nada y con su mirada perdida, pero con su presencia escalofriante ahí, lo entendí, había venido a pedirme algo, era insistente tocándome, extendiendo sus manos amarradas hacia mí, entonces lo desamarré sin pensarlo mucho, en realidad lo único que esperaba era quitármelo de encima rápido, que se fuera, una vez desamarrado estiró la mano en la misma posición que mi papá se la había puesto aquel día y yo entendí el paso a seguir, me erguí un poco de mi posición horizontal y sobre mi coto inexistente ahora, hacia un lado y otro, luego colocó sus manos nuevamente una frente a la otra como en plegaria y yo lo amarré otra vez, entonces desapareció, volví a acostarme, pero ya no pude conciliar otra vez el sueño.

Sin embargo, cuando clareó del todo, lo primero que hice fue mirarme al espejo y respiré profundo, pues mi coto seguía inexistente. Fue un episodio tan fuerte de un frío tan profundo como solo puede ser el de la muerte, por ello no quise referir el asunto con nadie. Pensé que era mi impresión, pues aquella entrevista con el muerto había sido de ultratumba. Pero algunos meses después volvió aquel roce de borde de dedos fríos a despertarme. Esta vez no me aterroricé tanto, pues ya sabía quién era el de los dedos fríos. Y sabía además qué quería, esta vez no esperé a

que me tocara de nuevo, rápidamente lo desaté, sólo quería que se fuera y él repitió todo lo de la vez pasada, luego, solo desapareció.

¡Enloquecí! ¿Será eso? Esta vez no solo intenté dejarlo pasar, esta vez intenté darle explicación a lo sucedido, luego llegué a la conclusión de que aquella entrevista con el muerto, en realidad, era algo muy fuerte que me costaría un poco olvidar. Hasta algunos meses después cuando el borde de unos dedos fríos me despertó de nuevo, abrí los ojos, era él, me apresuré a desatarlo, mientras lo hacía, algo calló a mi lado, era su ojo, él intentó desesperadamente tomarlo, pero como aún no terminaba de desamarrarlo no podía hacerlo, sentí compasión y aunque también sentí asco, sabía que le debía algo. Era claro: le debía algo. Tomé su ojo, tenía sangre y un poco de un fluido viscoso, nauseabundo. Intenté colocarlo en la cuenca vacía de su rostro rápidamente y el ojo ajustó de nuevo, luego continuamos con el ritual.

La cuarta vez hice las cuentas, ya sabía más o menos cuándo iba a volver. Entonces lo esperé despierta para evitar su roce de dedos fríos, pues de todo el encuentro, era ese roce escalofriante mientras dormía lo que me resulta más perturbador. Él no se ha inmutado al verme despierta, sólo ha estirado sus manos amarradas y luego se ha ido. Sus dedos estaban más blanditos esta vez, por ello tardé un poco más en desatarlo, pues temía quedarme con alguna parte entre mis dedos.

Ya lo sé, esta noche vendrá... sin embargo, me he acostado, estaba profunda cuando sentí ese frío proveniente de sus nudillos rozándome suavemente el pómulos,

abrí los ojos, lo vi y llevamos a cabo el ritual. Esta vez fue inevitable que algunos pedazos de piel y de carne se desprendieran de sus dedos.

—Lo siento —dije sin mirarlo y simplemente continúe.

Él se fue, pero al día siguiente al lavar las sabanas, noté que estaban manchadas, su color era como naranja y olía mal, a podrido.

Debería dejar de hacer esto, por eso esta vez he huido de mi cama, tal vez así no me encuentre y pueda evadir el ritual. Efectivamente así ha sido, esta vez no nos hemos visto, me alegra, me he librado de este tortuoso ritual, pienso, pero al mirarme al espejo veo un coto crecido difícil de ocultar por su tamaño, como no tengo tiempo me envuelvo una bufanda y salgo. Ahora lo sé, debo elegir, puedo evadir el ritual y aceptar mi coto o continuar viendo el muerto y...

Esta noche sé que vendrá y lo estoy esperando. Este coto es molesto, sudo mucho y a veces me causa picadas, un leve y molesto dolor, además me da vergüenza pues la gente no se mide para mirarme en la calle y comentar cosas desagradables, de todas maneras es mejor el muerto, pues nuestro encuentro es íntimo. De pronto y sin verlo llegar esta frente a mí.

Así ha pasado algún tiempo ya no me asusta su llegada, ya no me estremece el frío, pues me he habituado a él, ya no lo desamarro, pues con el tiempo no solo perdió toda su piel y luego su carne, también se deshizo la cuerda. Sin embargo, él viene con las manos en la misma posición y yo debo tomar una de ellas y sobarme mi coto inexistente. Ahora es solo hueso, lo cual de alguna manera me resulta reconfortante, pues ya no debo lavar esas sabanas nauseabundas. Ahora lo miro a

los ojos cuando llega, es decir, a las cuencas, pues hace mucho que ya no hay nada ahí, sin embargo, siento su mirada y ya no me apresuro, pues no siento afán de que se vaya, él me ha hecho mucho bien.

He intentado contar esta historia lo más cercana a lo que en realidad me sucedió. Pues pronto será un recuerdo demasiado borroso de contar, he decidido hacerlo pues ha sucedido algo inesperado; ayer vino, eso creo, pues aunque nadie me tocó, me desperté en la madrugada y sobre mí sólo había polvo, semejante a la arena del mar. No hay mal que dure cien años, ni muerto que lo resista, pensé.

DEFINIENDO LA MEMORIA, LA AUTOFICCIÓN Y LA HUELLA AFRICANA PRESENTES EN MI LITERATURA

Considero que escribir cosas malas que te han pasado te ayuda a sanar. Poder sacarlo de ti, y construir un texto a través de esas vivencias te permite reconstruirte. Por esa razón hago uso de la autoficción porque puedo narrarme sin tener que enfrentar lo que me sucedió pues queda en el lector la sospecha pero no la certeza de que aquello fuera cierto. Mi primer encuentro con la literatura fue a través de mamá quien me contaba historia de manera magistral, muy pequeña empecé a escribir cuentos, que lamentablemente no guardé, pero recuerdo que en esas historias era tan feliz como en el momento no podía ser. Por esa razón le otorgo a la literatura el poder de ofrecerte un escape pues a través de ella puedes hacer cualquier cosa; desaparecer si es necesario.

Mi segundo encuentro fue a través de Angélica Girón, mi compañera de bachillerato quien devoraba libros y nos llevaba trozos cortados como rebanadas de pastel. Escogía lo más jugoso, aquel fragmento que más deleite le había causado. Nos sentábamos en círculo con dos compañeras más y ella nos leía. Eran momentos perfectos, cuando no lo hacía nos contaba sus avances en la lectura con unos ojos brillantes de eterno placer. Ahora sé que era una promotora de lectura. Fue por ella que empecé en las tardes a leer a Gabriel García Márquez y Gabo de la mano de Angélica hizo que amara la literatura ya para siempre. Pasé muchas tardes, con

Cien años de soledad entre mis manos, olvidándome del mundo que me resultaba hostil. Cada tarde iba a Macondo y ahí surgía toda la magia que sólo Gabo es capaz de hacer brotar de cada página al abrir sus libros.

Desde que inicié mis estudios en literatura he escrito cuentos por el mero placer de escribir. Los he corregido, releído. He dedicado muchas horas, mañanas enteras a la corrección de mi literatura. Los he entregado en manos de mis compañeros esperando que ellos me ayuden a encontrar esos errores que uno no puede ver en sí mismo, y lo han hecho con amor. Por eso cuando se llegó el momento de hacer mi tesis y encontrándome sin tema, una de ellas me propuso utilizar esos cuentos que estaban casi listos de terminar su cocción. Esperé un poco antes de decidirme, pero finalmente al no encontrar tema tuve que tomar mis cuentos y buscar alguien que pudiera ayudarme a involucrarlos en mi tesis.

Mi directora de tesis eligió estos por mí. En realidad se lo agradezco, yo no habría sido capaz de decir cual sí entraría y cual no. Presento entonces los cuentos que harán parte de mi tesis creativa:

-Adiós André

-Para poder seguir soñando

-Un corazón se expande en nueve meses

-Cenizas esparcidas

-Una sola carne

-No hay mal que dure cien años, ni muerto que lo resista

REFLEXIONES SOBRE CADA CUENTO

ADIÓS ANDRÉ

Este cuento tiene que ver con esas personas que llegan a tu vida y pese a la gran conexión que encuentras con ellas sabes que no será algo duradero, que lo recordarás siempre pero que también debes dejarlo ir. Pertenece a la autoficción pues es un personaje de un libro que puede entrar y salir de él según le place y tiene que ver con esas emociones que deseamos exponer sin exponernos a nosotros mismos.

Se encuentra también la memoria pues incluyo momentos pasados de mi vida: “sin ese personaje al que le dediqué muchas de mis noches.” A través de la metáfora descubro parte de la intimidad que tuve con aquella persona como hablar toda la noche contándonos cosas. Y tal vez también hay partes que hubiera querido decirle, pero no fui capaz, como por ejemplo el último párrafo de este cuento: “Y para cuando me consideres una pérdida vas a tener que aceptarlo, y voy a dejar de dolerte.”

PARA PODER SEGUIR SOÑANDO

Este cuento narra la espera que vive una mujer que puedo ser yo, sostiene una relación virtual. En ese sueño de escribir bien intenté darle al lector la impresión a través de las minuciosidades narradas de que el tiempo pasa lentamente, pero de manera despiadada. Esta escritora que aún no lo es, intenta que el lector sienta el paso del tiempo en un personaje que se envejece esperando. No dice directamente

envejecí, pero a través de situaciones y pistas como utilizar el recogedor como bastón.

Así intento que el lector descubra cuanto tiempo ha pasado. Como lo muestra la siguiente cita: “Ahora es claro para ti, ha pasado demasiado tiempo. Él te sometió a una espera injusta. Decides terminar con esto que tanto daño te hizo, apagas el computador. Tienes una extensa charla con tus letras donde les pides no le escriban más, donde les explicas la razón de ya no hacerlo. Es por amor a ti. Lo mejor es dejarlo todo así, luego de esto acuestas el lápiz sobre el escritorio, sobre las hojas en las cuales has escrito describiendo aquel encuentro que jamás se dio, pero consideras ya era tuyo a fuerza de esperar.” Esta parte refleja también mi relación con las letras, expresada en la voz del personaje creado que puedo ser yo.

Este cuento narra un poco la utopía del escritor de autoficción donde logra lo que ha estado anhelando y al final la mujer que tanto espera logra conectarse con este hombre que ha esperado. Lo logra a través de un sueño y de una manera “real” siempre y cuando sea creíble para los lectores, ella consigue que él se quede ahí en ese espacio de ensueño que ha creado para ambos.

UN CORAZÓN ES EXPANDE EN NUEVE MESES

Siempre deseé tener tres hijos, tengo dos hermanas y mi hermana menor siempre ha sido un gran apoyo para Sandra la mayor, y para mí. A veces pienso qué será de mis hijos sin ese hermano menor que los auxilie, que este ahí para ellos. Y pensé que al no poder tenerlo ya en mi vientre lo había estado incubando en mi corazón.

Recordé también que mi hermana mayor y yo ya estábamos grandes, cuando mi mamá quedó embarazada y que la menor era un regalo por el que le orábamos a Dios y un día sólo llegó, que fue muy hermoso poder cuidarla pues ya estábamos grandes y pudimos disfrutar de tener un bebé en casa, que su llegada fue una gran alegría para todos. Y finalmente sucede el milagro: “No sabemos cómo pasó, señor, pero al abrir su corazón lo encontramos ahí. A este pequeño haciendo estragos”. Pero ¿acaso todos los bebés deseados no se incuban primero en el corazón de sus padres?

CENIZAS ESPARCIDAS

En mi casa mi mamá me enseñó que al morir se rinden cuentas delante del creador. Es evidente que de ahí nace la idea de que el abuelo al morir se encuentre primero en ese lugar donde hace fila esperando para ver pasar su vida como una película y ser juzgado según sus actos.

Jaime Campo es el nombre de mi abuelo paterno. Mi abuelo como última voluntad pide ser cremado, pero según mi creencia no se debe quemar los huesos de los muertos, es por esto que quien lo atiende lo envía a recoger sus huesos para continuar el proceso que experimenta en el momento.

Mi abuelo pide que sus cenizas sean arrojadas al río La vieja en Cartago pues él nació ahí, en esa ciudad. Para lo cual mi papá reúne el dinero y lleva a toda la familia para poder cumplir la última voluntad de su padre. Mi abuelo tuvo muchos hijos, pero no fue un buen padre en su juventud. Por esta razón los hijos se comportaron muy mal con él en vida pues no lograron perdonarlo. Su hijo mayor era

mi padre, él ya le había pagado su servicio funerario y es quien en el cuento aparece repartiéndose las cenizas con otro hijo de mi abuelo, del segundo matrimonio de mi abuelo quien era el que vivía con él y el que lo cuidó durante su vejez.

Mi padre me cuenta esa escena donde sentados en un andén se reparten las cenizas y luego comparan las bolsas para ver si les quedó la mitad para cada uno. Del segundo matrimonio tuvo tres hijos, dos de ellos están en Venezuela y el que se ha repartido las cenizas con mi padre se las envía a los otros hijos, por eso en el cuento la mitad de las cenizas están en Venezuela, como lo muestra lo evidencia la siguiente cita: “Si mi última voluntad fue cumplida debo estar más que esparcido, buena hora en la que se me ocurrió que me botaran al río”.

Tuve una buena relación con mi abuelo y a veces cuando huelo libros viejos lo recuerdo, pues en su cuarto no había repisas sino pilas de libros arrumados en el suelo. En la siguiente cita intento llenar de jocosidad el relato: “dejo caer el polvo al suelo. Ella indignada me sacude, mis piernas van a dar debajo de la cama, me toca deslizarme por el suelo para tomar eso que es mío y que necesito para hacer mi tránsito hacia el otro mundo” Esto hace parte de la influencia de Gabo, ese disfrutar lo que narro intentando aunque no intencionalmente que quien me lea también se lo goce. En efecto antes de esparcir las cenizas en el río leo algo que mi padre me ha pedido que escriba para despedir al abuelo, todos ahí, mis hermanas, el hijo menor de mi abuelo, su esposa, mi mamá mi papá nos repartimos las cenizas. Yo leo lo que he escrito y luego las colocamos cuidadosamente sobre las aguas del río La vieja.

En el cuento coloqué una frase textual de lo que leí ese día a orillas del río antes de que arrojáramos sus cenizas: «la oigo decir: “yo no creo que todos los muertos son buenos, el muerto es lo que era. Lo que hizo en vida, eso es todo”»

En este cuento se marca mi huella africana pues evidencia el color de piel de mi abuelo, su fuerte influencia en mí que perdura aún después de muerto y como él pese a su estado puede participar de este momento en el que estamos en el mundo de los vivos: «y lo hace de una manera desparpajada, así como cuando yo le contaba algunos cuentos. Así como cuando le dije que mi piel no era negra sino que estaba quemado por el sol y la oigo cuando finaliza y dice: “yo vengo de esa parte de él, de esa mezcla de poesía, música y comicidad”»

UNA SOLA CARNE

Hace unos años mi esposo se enfermó gravemente. En este cuento narro con detalle las penurias que viví en la clínica mientras él estaba inconsciente, pero al final revierto las cosas y lo cuento como si hubiese sido yo quien estaba en un estado cercano al vegetativo, pues según mis creencias al casarte eres una sola carne con tu esposo y por esto me pareció agradable decir que lo que vivió él en realidad lo había vivido yo en mi carne, lo cual lo podemos encontrar en Génesis 2:24 —*“Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”*.

En el último párrafo del cuento quien despierta del coma inducido soy yo. Cuando he sido yo quien narra todo lo que viví cuidando a mi esposo, ahí entra la autoficción

y aunque el lector que no me conoce puede pensar que he vivido lo que cuento no puede saber con certeza cuál de los dos fue quien enfermó: “Ella lo mira

sorprendida, pues ya lo sabe, ya que ella lo llevó ahí el miércoles cuando él se sintió mal. Él sigue contándole, ella solo escucha cómo él repite todo lo que ella vivió con él. Sólo que en esta narración la enferma es ella”

NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS, NI MUERTO QUE LO RESISTA

Mi hermana menor hace muchos años notó como un coto crecía en su garganta. Cuando empezamos a indagar nos enteramos de que en la familia ya había sucedido, y de que la forma en la que hicieron que este desapareciera fue poco ortodoxa pero efectiva. Mi tía que ya había tenido un bulto grande en su cuello, que los demás familiares recuerdan, se pasó la mano de su esposo muerto e inmediatamente vio como poco a poco este tumulto desapareció. El truco según mis familiares vía materna es que si eres mujer el muerto debe ser hombre. Si eres hombre el muerto debe ser mujer.

Mi papá le ayudó a conseguir el muerto, al enterarse de que el hijo de una conocida del barrio había muerto. Le pidió permiso para que mi hermana se pasara la mano por el cuello, pero al destaparlo se encontraron con una gran sorpresa, pues el joven tenía sus manos atadas con un lazo desde el pulgar hasta el dedo gordo de sus pies. Al preguntar la señora les dice que eso también es muy efectivo para que cojan al que lo mató y bueno, aunque sonó inverosímil, si un muerto se lleva un coto ¿por qué no? un lazo que amarra al muerto enlaza al vivo que lo asesinó para que sea capturado rápidamente y no logre escaparse de su culpa.

Fue efectivo, mi hermana se libró del coto ¿Dónde esté el chiste? No sé, ¿cómo saberlo? Sólo sé que funciona. Y no supe si al asesino del muchacho lo agarraron, pero habría sido bueno preguntar.

La parte de que el muerto vuelve a visitar a mi hermana nunca sucedió, pero me pareció fantástico que viniese y le cobrara tan grande favor. Esta parte evidencia mi marca africana donde establezco una relación entre mi hermana y el muerto, el tipo de relación donde uno le queda debiendo un favor a otro y se ve en la necesidad de retribuirle por el bien que le ha hecho. Nuevamente aquí los muertos y los vivos habitan el mismo espacio como en la creencia africana. Así lo evidencia la siguiente cita: “era él, me apresuré a desatarlo, mientras lo hacía, algo cayó a mi lado, era su ojo, él intentó desesperadamente tomarlo, pero como aún no terminaba de desamarrarlo no podía hacerlo, sentí compasión y aunque también sentí asco, sabía que le debía algo. Era claro: le debía algo. Tomé su ojo, tenía sangre y un poco de un fluido viscoso, nauseabundo. Intenté colocarlo en la cuenca vacía de su rostro rápidamente y el ojo ajustó de nuevo, luego continuamos con el ritual.”

Al igual que Gabo amo que la literatura haga lo que se le antoje y bueno según eso, uno puede ubicar el ojo putrefacto de un muerto otra vez en su cuenca. El chiste está en narrarlo de tal manera que la gente te crea. Así como yo veía las mariposas amarillas rondar mi cuarto mientras leía la parte de *Cien años* donde aparece Mauricio Babilonia.

LAS TEMÁTICAS QUE HE DESARROLLADO A LA LUZ DE LO ABORDADO POR MIS RELATOS SON LAS SIGUIENTES: MEMORIA, AUTOFICCIÓN, AFRICANÍA

La memoria atraviesa todos los cuentos pues en todos ellos hay algo de mí. Alguna vivencia que he escogido narrar y que cuando leen las personas que me conocen logran identificarlas fácilmente. Sin embargo, por aquello de querer contarme sin exponerme, he escogido también la autoficción y así logro también acomodar mi historia a mi gusto y si narro algo triste la convierto en algo alegre o al final termina bien con la libertad que el lápiz me otorga. Y si es algo que no pude hacer pero quería en el cuento sí me sucede. La literatura es un gran hallazgo para mí, es un regalo. Me ha dejado mutar el recuerdo, y al releer ya no duele tanto.

Tomar mi pasado como material para mis cuentos es solo el reconocimiento de que aquello fue, existió en otro tiempo. Lo que convoco no es la historia pues no tengo registros que defiendan la veracidad de algo que ha sucedido. Lo que llamo es mi memoria que es fiel a mí pues ha venido trayendo retazos de mi historia y también veraz. No podremos saber cuán fiel, porque tal vez aquello que creo recordar, es solo un evento que he organizado en mi mente de una manera más amena a como sucedió y con el fin de que al narrarlo me traiga paz. Pues se ha convertido en un recuerdo que escribo para ser gratamente rememorado.

Le debo a ella, a la memoria, mucho de lo escrito ya que ha activado mi dispositivo autobiográfico y me ha dado mucho material de escritura. Acompañada de la autoficción he creado personajes que aunque no llevan mi nombre cuentan una de

mis vivencias personales, expresan mi opinión y reviven sensaciones en mí que fueron hace un tiempo. Me otorgan la libertad de narrarme pues el lector no puede reconocer que hay en esos personajes de mí.

Sólo queda la sospecha la duda de que tal vez yo me sentí o actué así en algún momento. Creo que sí he conseguido una catarsis, después de leer el producto final, viene a mí el alivio de haber sacado aquello que no resultó como esperaba y trajo cierta frustración a mi vida. Es agradable poder compartir tu cuento con esa persona que conoce el origen del mismo y sonrío con la hazaña de verlo convertido en literatura, y se sabe cómplice de un secreto dicho a voces.

En palabras de Anna Agustí Farré, he novelado momentos de mi vida, y ha sido todo un placer. El juego de libertad plena, de libre albedrío desbordado resulta alentador y he tomado el lápiz y he hecho todo lo que él me ha permitido. He cambiado el desenlace de muchas situaciones y les he dado justo el fin que yo esperaba. He burlado la separación descarnada que causa la muerte de quien amas para seguir ocupando el mismo espacio aunque en diferentes corporalidades. He logrado que mi abuelo escuchara su discurso y se sintiera muy orgulloso de mí. Pero también me he burlado un poco de la horrible experiencia de mi hermana con el muerto desconocido, al crear la posibilidad de que se dieran entre ella y él muchos encuentros más.

Mis textos tienen una marcada hibridación genérica pues narran cosas que he vivido, que hacen parte de mi autobiografía, sin asumirlo propios, como tal, es decir, sin poner a esos personajes mi nombre o el nombre de las personas que he querido

evocar a través de convertirlos en literatura. La autoficción como herramienta para narrarme me ha permitido aún poder hacer una denuncia, en cuanto al problema de salud que aqueja a mi país y cómo cuando un ser querido se enferma de gravedad nos vemos en la necesidad de pelear nuestros derechos y una atención de calidad. Solo hay pistas de aquello que hace parte de mi vida y ese juego propuesto a consciencia donde el lector intentará indagar si la mujer que espera soy yo, y claro, puede que sí o puede que no, tal vez alguien cercano lo vivió y yo sólo lo he contado. Haciendo uso de esta forma del pacto ambiguo abordado por según Andrés Martínez Oria.

Siempre estoy recordando, aún no sé si es un don o una maldición, porque muchos de estos recuerdos son tristes. Por eso me he valido de algunas herramientas como el lápiz y la autoficción que me han ayudado a moldear estas sensaciones. Dichas herramientas han jugado un papel importante en esta continua evocación de momentos pasados. En esta selección de cuentos, la memoria juega el papel de testigo, presentándome sucesos como en el refrán: *No hay mal que dure cien años ni muerto que lo resista*. Los síntomas que padecía la mujer a la que le sale el coto, su experiencia cuando preguntó a sus familiares como podía quitarse este mal y su experiencia al tener un encuentro con un muerto. Tener que tocarlo cuando ni siquiera era un conocido. Sucesos de la vida real que vivió mi hermana menor al sufrir de una enfermedad de la tiroides.

En *Adiós André* y *Para poder seguir soñando* se narran relaciones que tuve, personas que entraron en mi vida en algún momento y por diferentes razones ya no frecuento más. En *Adiós André* hay una descripción física de quien inspiró el cuento

en la vida real y en *Para poder seguir soñando* hay una descripción de los lazos formados con esta persona, y detalles de cómo se dio este vínculo. En *Un corazón se expande en nueve meses* se narra un anhelo, mi deseo de ser mamá por tercera vez, pero tal vez ya no se haga realidad. *Una sola carne* narra una experiencia triste que tuve que vivir con mi esposo al ser diagnosticado con viral donde tomo mi creencia religiosa como puente hacia un desenlace fantástico. En *No hay mal que dure cien años ni muerto que los resista* y *Cenizas esparcidas* se ve la clara huella africana que me ha marcado pues establezco en ambos cuentos una relación con los muertos, donde el abuelo sigue influenciando mis decisiones como el ancestro que decide en la vida de sus descendientes aun después de muerto.

No hay mal que dure cien años ni muerto que los resista y *Una sola carne* entran en una memoria colectiva mencionada por Maurice Halbwachs donde alguno de mis familiares cercanos podría encontrar en el cuento que hace parte de esa memoria pues puede también recordar estas vivencias.

El topos de lo privado, hace presencia en mi narrativa al contar eso que me avergüenza está ahí afrontado con la valentía que me otorga el pacto ambiguo al que me he regido, que he cubierto cuanto más he podido a través de la metáfora de sensaciones que experimenté y de momentos que sí viví. La fabulación del yo la he usado para convertirme en alguien más que quise ser y no pude, que intenté alcanzar y no logre. A veces quisiéramos salirnos de nosotros mismos en nuestra cotidianidad, quisiéramos ser más osados o prudentes, pero nuestra esencia va en contra de aquello que a nuestros ojos resulta mejor para afrontar algunas situaciones en que nos pone la vida. Por eso he fabulado en algunos de estos

cuentos mi yo y he logrado ser tan valiente o tan libre para sentir algunas cosas como en realidad no lo soy.

Para terminar es importante ubicar la pluralidad étnica que mi pluma ha sacado a flote. Mi abuela paterna era indígena, mi abuelo paterno tenía un tono de piel oscura, cabello ondulado. A ella no alcancé a conocerla, a mi abuelo sí, afortunadamente. Recuerdo las visitas que le hacía, pues el abuelo era feliz contándome historias. Yo no sabía en ese momento que él estaba entregándome su legado ancestral, seguramente él no lo hizo intencionalmente, yo sólo lo escuchaba y me divertía mucho pues mi abuelo sabía contar historias. En realidad, al mostrar a través de mi literatura mi huella africana proveniente de mi pluralidad étnica no lo hice con una firme intención, pero cuando alguien más lo leyó sí pudo verlo. Ha sido un hermoso hallazgo, ver a mi sangre convertida en tinta narrando lo que corría en ella por herencia.

Existe en mí la mezcla del legado amerindio y del legado africano que surge en mi literatura aun sin que yo me dé por enterada. Esa relación interétnica emerge en los personajes, y así mi memoria ancestral de la cual no puedo desligarme surge convertida en prosa. Recuerdo los chistes del abuelo: hija no importa que sea negro y jetón, lo importante es que responda, me decía aconsejándome acerca del marido que me consiguiera. Yo estaba muy pequeña y no pensaba en eso pero me resultaba tan gracioso. Y resultó mucho más gracioso cuando me casé y llevé mi esposo a presentárselo. Le dije pito seguí tu consejo.

El legado ancestral también consiste en esa permanencia de ese ser querido en nuestra historia pues aunque mi abuelo ha pasado a un plano distinto sigue habitando el mundo de los vivos. Por eso en el cuento *Cenizas Esparcidas*, el abuelo se comunica con ella: «“¡Lo lograrás!”, le digo al oído». También existe esa mezcla africana con mis creencias religiosas por lo cual. Mi abuelo termina ascendiendo al cielo lo que representaría que abandona su estado presente en el mundo de los vivos: «Es justo en ese instante, cuando me siento tan liviano que empiezo a ascender sin poder controlarlo pues me doy cuenta de que ella me amaba conociéndome, ella me amaba tal cual yo era».

Hacemos parte en esas prácticas mágico-religiosas al consultar a los muertos como sucedió en el cuento *No hay mal que dure cien años ni muerto que los resista* y así perpetuamos el legado ancestral, pues estas historias se las contamos a nuestros hijos, sobrinos y los más pequeñas las guardan dentro de sí saben por su huella africana marcada en su sangre que así debe ser. Aprietan fuerte sus labios hasta que crecen y hay alguien más pequeño que lleva su sangre y ahí el camino por el cual seguir la ruta de pasar esa huella, de proseguir por esa ruta que alguna vez estuvo marcada en el cabello precioso y apretado de algún ancestro.

Como parte de ese legado, nuestra fuente de fuerza está en esa comunicación que sostenemos con seres superiores sea cual fuere su nombre. Al igual que el hombre africano, nos refugiamos en esa comunicación y ayuda que creemos fervientemente podemos recibir de ese ser que aunque no vemos podemos sentir. Y continuamos evidenciando sin saberlo esa fuerza Africana. Cuando escribimos una tesis que sólo

es testigo de ese reencuentro con esa magia Amerindia y Africana que registra nuestro lápiz.

CONCLUSIONES

Escribo desde que tengo memoria, desde muy niña. Mamá me contaba historias y yo empecé en cuadernos viejos a contar cosas que quería me sucedieran a mí, también había dibujos de una niña muy bonita que vivía en el campo y era libre, podía ir y venir sin que nadie le dijera qué hacer o le hablara de mala manera. El ambiente en mi casa era hostil, creo que por eso siempre he visto la labor de la escritura como un escape. Disfrutaba mucho de escribir estos cuentos donde una niña que no se parecía a mí, pero que me hubiese gustado que así fuera, iba y venía por campo abiertos y conocía al hombre de sus sueños que la amaba para siempre.

Es una lástima no haber guardado esos cuentos pues mi memoria es muy mala y sólo recuerdo los trazos de esa muñequita color canela, de hermosas caderas y cabello largo y trenzado. No me gustaba cómo me veía y creo que por eso mi dibujo en nada se parecía a mí. Sin embargo, deposité en ella todas mis ansias, mis sueños, ese anhelo de que un hombre me amara. Sin pensar, sin saber que lo que yo exponía ahí, era ese vacío de amor de padre pues aunque vivía con él en ese momento de mi infancia no pude experimentarlo.

La literatura nos pone en evidencia, recrea lo que somos, nuestras elecciones de vida. Este trabajo, en la cual utilizo seis de mis cuentos, me ha permitido construir

varios momentos de mi vida, tristes o alegres. Me ha llevado por el camino del autoconocimiento pues ahora tengo consciencia de que la colonización también ha influido en mi vida, quiero pensar que de una manera positiva pues soy una mezcla de varias culturas, ricas en su magia, en sus creencias e inmensurable fuerza.

En la parte teórica encontré la presencia de la memoria, me costó aceptar que era la memoria artífice importante en la construcción de mis cuentos. Sin embargo, al sumergirme en la lectura de dicha teoría cada vez me sentía más identificada. Logrando ubicar este concepto a través de cada aparte del pasado que vino a mi mente gracias a ella en el presente y me permitió narrarlo tan próximo a lo que en verdad sucedió cómo quise. La memoria funciona como testigo trayendo momentos del pasado destacados, haciendo que al rememorar uno acudan muchos más. Junto a ellos vienen las sensaciones que acompañaron ese momento, si te marcó por ser agradable o lo contrario. Hay momentos específicos de nuestra vida que acuden en momentos inesperados a nosotros o que son accionados por algún olor, un lugar, una persona al pasar, etc. La memoria trae consigo material autobiográfico para aquel que desea plasmar algunos instantes de su vida, lo que podríamos considerar: topos de lo privado por su carácter íntimo y memorable. Al escribir estos recuerdos logramos reconstruirnos

La Autoficción es una teoría que trabajé a propósito me gusta mucho de ella su capacidad de mimetizarse. Ese disfraz que ofrece para poder contar nuestras cosas

íntimas. Nuestras emociones reales sin después tener que asumir que aquello me sucedió a mí. Es su carácter de incierto lo que más me atrae de ella. Son las pistas dejadas entre líneas que el lector persigue y cree encontrar para luego perderse en divagaciones, lo que me resulta acogedor de poder narrarme a través de la fabulación del yo. Ya en la universidad escribí un cuento y ahí logre hablar tanto de mí, esa experiencia me resultó alentadora, pues por la aspereza de mi padre soy una persona tímida a la que le cuesta hablar en público, pero leer ese cuento sin decir: “ella en realidad soy yo”, me resultó muy agradable. Los compañeros que no me conocían me felicitaron para ellos fue una gran ocurrencia que a alguien no le gustaran sus cumpleaños. Otros compañeros que se habían tomado un tiempo para conocerme me vieron perfilada ahí, pues sabían lo feliz que era celebrando sus cumpleaños, pero lo mucho que me costaba asistir a la celebración del propio. Esa experiencia me acercó sin saberlo a la autobiografía dibujada a través de la autoficción, pero no lo supe hasta que vi un curso llamado Seminario taller de teorías literarias 01. Fue ahí, donde conocí todas las herramientas que podía utilizar para hablar de mi sin el temor de que alguien quisiera burlarse y señalarme. Fue ahí donde de la mano de Manuel Alberca, Fernando Pessoa, entre otros, pude darme cuenta de que no había por qué esconderme, podía hablar de mí, podía contar mis cosas. Podía exponer mis sentimientos sin exponerme. Si esa era mi decisión y lo fue.

Este trabajo es solo una parte del recorrido que empecé hace años mientras trazaba las líneas del cuerpo de aquella muñequita. Este camino cada vez me pide más y aunque no es fácil lo he disfrutado y he conocido personas que me han ayudado en

la dispendiosa tarea de corregirme, borrar, podar, reescribir. No es sencillo cortar algo que tal vez hace parte de un lugar común pero si amas lo que haces finalmente cedes ante esa exigencia pues quieres que tu literatura sea excelente cuanto más puedas. Y lo que espero de ella es poder moldearla hasta que brille en todo el esplendor de su perfección. Por eso la podo, aunque me duela.

Qué espero de ahora en más, poder seguir narrándome, poder narrar a otros y en ese ejercicio de conocer al otro y su historia fortalecer mi prosa en el vínculo invaluable de la otredad, que me construye, que me afirma. Espero poder continuar indagando a profundidad la huella africana presente en mi literatura y cuáles son los vestigios de mis ancestros amerindios presentes en mi narrativa. Anhele que mis cuentos puedan salir de casa, visitar otros lugares, ser leídos por alguien más distinto de un compañero o mi directora de tesis. Que sean leídos por el mero placer de leer ese sería un triunfo invaluable. Y en futuro cercano poder entregar los demás, los que no entraron en esta selección a otros ojos más sabios y así poder registrar en ellos la teoría que los atraviesa. Y que al estudiarla me lleva al descubrimiento de mis raíces, de lo que soy, de lo que definitivamente no quisiera ser. Espero en este proceso de reescritura y reconocimiento de quien soy poder separar mis raíces amerindias y africanas de mis creencias, plasmando en mis relatos los artilugios de un ser supremo con el que creo encontrarme todos los días y que me brinda a través de esa comunicación la fortaleza para enfrentarme con los desafíos cotidianos. Poder evidenciar en la mirada de un personaje que no lleva mi nombre, pero que sin duda puedo ser yo. El poder que me es conferido en esa

relación invisible donde un padre celestial toma bondadosamente con su mano derecha a su hija mortal.

BIBLIOGRAFÍA

- Amícola, J. (2008). Autoficción, una polémica literaria vista desde los márgenes (Borges, Gombrowicz, Copi, Aira). Memoria académica. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185244782008000200012.
- Cosci, L. D. (2011). Caminos de rememoración. La memoria y la construcción del conocimiento histórico en la hermenéutica de Paul Ricoeur. Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud. Recuperado de <http://fhu.unse.edu.ar/carreras/rcifra/danielcosci.pdf>
- Chartier, R. (2007). El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia. Coherencia. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/774/77413255006.pdf>
- Faix, D. (2012). La autoficción como teoría y su uso práctico en la enseñanza universitaria de la literatura. Centro Virtual Cervantes. Recuperado de https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/publicaciones_centros/PDF/budapest_2013/14_faix.pdf.
- Farré, A. A. (2006). Autobiografía y Autoficción. *Revista de la Sociedad Española de Estudios Literarios de Cultura Popular*, ISSN 1577-8932 (No. 6), pp. 9-18.
- Machado, M. L. (2011). Un rastro del África Central en el Pacífico colombiano: tallas sagradas entre los indígenas Chocó y su legado africano (Congo y Angola). bdigital. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/1237/22/20CAPI19.pdf>
- Martínez, L. M. (1988). El exilio de los dioses, Religiones Afrohispanas. Madrid, España: Fundación Ignacio Larramendi.
- Musitano, J. (). La Autoficción: una aproximación teórica. Entre la retórica de la memoria y La escritura de recuerdos. UNR-CONICET. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-68482016000100006

Pierre, N.(2013). Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares. Cholonautas. Módulo virtual: Memorias de la violencia. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/353539180/Lugares-de-Memoria-Pierre-Nora-pdf>

Ricoeur,P.(2000). Historia y memoria La escritura de la historia y la representación del pasado. Annales. Histoire, Sciences Sociales. Recuperado de <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/ricoeur.pdf>

Scarano,L. (1997). El sujeto autobiográfico y su diáspora: protocolos de lectura. Centro Virtual Cervantes. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2680/pr.2680.pdf

Sierra,D.C.(2016). El Muntu: la diáspora del pensamiento filosófico africano en *Changó, el gran putas* de Manuel Zapata Olivella. La Palabra. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/laplb/n29/n29a02.pdf>.